

LOS BOSTONIANS,
YUCATÁN Y LOS PRIMEROS RUMBOS
DE LA ARQUEOLOGÍA AMERICANISTA
ESTADOUNIDENSE,
1875-1894*

Guillermo Palacios
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se propone hacer una revisión de lo que se ha escrito en torno de las expediciones arqueológicas a la península de Yucatán financiadas por fondos estadounidenses entre mediados de la década de 1875 y 1894. El periodo comprende los años del inicio de la aventura arqueológica de un grupo de bostonianos en Yucatán, y se encierra con la primera “derrota” de la empresa. El trabajo no presenta informaciones nuevas ni levanta hipótesis muy originales, sino que trata de componer, con ayuda de una completa –aunque no exhaustiva– revisión de fuentes

Fecha de recepción: 15 de agosto de 2011

Fecha de aceptación: 12 de septiembre de 2011

* Esta investigación se benefició de la competente colaboración de la maestra Laura Rojas Hernández y de la licenciada Elena Simón Hernández, así como del inestimable apoyo de Patricia Kervick, del Peabody Museum Archives, cuyos documentos se citan con su autorización, y de

primarias y una amplia recuperación de bibliografía especializada, un mosaico –también formado por investigaciones de otros colegas, ninguna de las cuales, a mi ver, ofrece un panorama completo si bien todas contribuyen a lograrlo. Por eso este texto, introductorio de un trabajo mayor, descansa plácidamente sobre trabajos ya publicados, entremezclados con documentos de archivo. Debo advertir que la historia de Yucatán no está presente en el estudio, más allá de irrupciones coyunturales de condiciones sociales y políticas locales en la narrativa de las expediciones arqueológicas. Partes posteriores de este trabajo reflejarán con mayor consistencia esas condiciones, conforme el Estado, en su nivel regional, asuma cada vez más sus funciones de vigilante del patrimonio arqueológico de la zona.

Parte crucial de la investigación es recomponer el proceso desde el punto de vista de la participación de los actores mexicanos involucrados en la aventura arqueológica estadounidense en Yucatán, algo que no se ha hecho ni de lejos

John Strom, de los Carnegie Institution of Washington Archives. El trabajo no habría sido posible sin el eficiente respaldo de los bibliotecarios del CEH de El Colegio de México, Edgar Otoniel Vargas Méndez y Víctor Julián Cid Carmona, a quienes agradezco por su diligente desempeño, como agradezco el paraguas bibliográfico que me concedió sin reparos la directora de la biblioteca, la maestra Micaela Chávez. Estoy en deuda con las doctoras Raquel Abrantes Pego y Érika Pani y con el doctor Luis Vázquez León, por lecturas generosas y comentarios muy útiles. Versiones bastante preliminares de este estudio fueron presentadas en la XIII Reunión de Historiadores de México, Estados Unidos y Canadá (Querétaro, octubre de 2010), en una sesión del Perspectives on Latin America, del Program in Latin American Studies de Princeton University (febrero de 2011) y en el XIII Oaxaca Summer Institute (junio de 2011). Agradezco los comentarios y observaciones de todos los participantes, y, desde luego, la invitación de los organizadores.

con la misma dedicación con la que se ha realizado en la historiografía del país vecino. En efecto, tenemos una narrativa más o menos completa de la llegada, instalación y desarrollo de actores individuales e institucionales de Estados Unidos (y nacionales de varios países europeos) en Yucatán, pero nada que estudie con profundidad la participación del lado mexicano, esto es, de las autoridades, de los círculos científicos o de la “opinión pública”, representada por la prensa. Por eso, esa parte se encuentra apenas enunciada y este trabajo significa una especie de labor preparatoria que busca amalgamar los fragmentos referentes a la versión “del otro lado”, tanto bibliográficos como archivísticos. Me parece que es una tarea imprescindible para comenzar con base firme la investigación sobre México. Pero también es un ejercicio –si bien en una escala mínima– para tratar de complementar lo que se ha dicho y escrito sobre las élites culturales de Boston y su ocaso en el último cuarto del siglo XIX con visiones obtenidas desde la plataforma de observación constituida por sus incursiones arqueológicas en Yucatán, en el “Área Maya”.

La investigación comenzó con la ingenua intención de revisar la historia del “saqueo” del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, sin medir las consecuencias que vendrían de la propuesta. No se hizo, por ejemplo, una comparación preventiva entre la perfecta ignorancia del autor en cuestiones de la historia de la arqueología y la colosal y abrumadora bibliografía mayista existente –sus contextos internacionales incluidos–, lo cual dio por resultado, además de meses de remordimiento intelectual, el tener que realizar intensas zambullidas en un cenote historiográfico prácticamente sin fondo. Comencé por familiarizarme con la bibliografía perti-

nente a la década de 1920, pues fue en sus inicios (1923-1926) cuando estalló el escándalo en torno de las exploraciones en Chichén Itzá y, particularmente, en su famoso Cenote Sagrado, del ex cónsul de Estados Unidos en Mérida (1885-1893) y en Progreso (1897-1907), Edward H. Thompson. La historia es conocida: el tumulto se fijó en las extracciones que Thompson habría hecho de objetos del fondo del cenote, con ayuda de una primitiva draga, y de su envío clandestino a depósitos estadounidenses, en primer lugar el Peabody Museum de la Universidad de Harvard. El estallido de la bomba se debió a dos garrafales indiscreciones. La primera fue obra de una joven periodista del *The New York Times*, Alma Reed, enviada por su diario en una de sus primeras misiones profesionales para reportar sobre los avances de los trabajos arqueológicos que llevaban a cabo los especialistas de la Carnegie Institution de Washington, comandados por Sylvanus G. Morley, mismos que recién se habían instalado en la hacienda Chichén, propiedad de Thompson desde 1894. En la inteligencia de que nada de lo dicho sería publicado, Thompson le concedió una larga entrevista a la joven periodista, en la cual narró todas sus aventuras en las selvas de la Península, hizo alarde de sus hazañas de arqueólogo autodidacta, y se refirió por alto a lo que había encontrado en el fondo del cenote y enviado a Cambridge. Como era previsible, el texto de Reed con la entrevista a Thompson fue inmediatamente publicado con un llamativo título que aludía a los “Human Sacrifices”. El artículo abría así:

Within the year, the Peabody Museum of Harvard University will announce officially the finding of the Maya treasure at the bottom of the sacred well at Chichén-Itza./The discovery,

although admitted to be the most important in the history of American archaeology, has been a carefully guarded secret for over a decade.¹

Pero el verdadero pandemónium se desató tres años después, en 1926, con la aparición de *The City of the Sacred Well*, de T. A. Willard, amigo y confidente de Thompson. El libro, una biografía del excónsul centrada en sus años de residencia en Yucatán, describía con lujo de detalles, mucho más comprometedores que los expuestos por Reed, los trabajos del drenado del cenote y los objetos obtenidos, acompañados de fotografías que mostraban discos de oro y plata, campanas del mismo metal, varios discos de cobre con representaciones de dioses, cerámicas y textiles de diversas calidades y formatos, etc.² El gobierno mexicano, que desde luego estaba al tanto de lo que acontecía en Chichén Itzá, no pudo seguir haciéndose de la vista gorda.³ En el segundo semestre de 1926 la Procuraduría General de la República

¹ REED, "The Well of the Maya's", *The New York Times* (8 abr. 1923). El 2 de marzo, como un adelanto, el mismo diario había publicado una breve nota en la que decía que entre los objetos rescatados había "priceless turquoise masks, jade carvings, gold ornaments and numerous other objects which throw new light on the ancient Maya civilization. The objects, now privately held in the Peabody Museum, Boston, were found in the sacred cenote, near the ruins". *The New York Times* (2 mar. 1923).

² WILLARD, *The City of the Sacred Well*.

³ Desde 1885 se había nombrado un "Conservador de Monumentos" en Yucatán, encargado de visitar las ruinas y reportar sobre su estado. En 1907 el mismísimo Justo Sierra, como secretario de Instrucción Pública, había visitado el sitio, donde fue recibido por el todavía cónsul, y presenciado la operación de la draga, sin objetar en lo más mínimo a lo que se estaba haciendo.

acusó formalmente a Thompson y al Peabody Museum de exportación y recepción ilegal de tesoros arqueológicos y confiscó la hacienda, en la cual, sin embargo, por una de esas singularidades del sistema legal mexicano, la Carnegie Institution continuó trabajando hasta finales de la década de 1930.⁴

La Carnegie Institution (CIW) había comenzado a negociar un contrato con el gobierno mexicano en 1913, pero el proyecto, aprobado oficialmente, tuvo que interrumpirse por los dos cataclismos de la década: la revolución mexicana y la primera guerra mundial.⁵ Sin embargo, en 1923 la CIW volvió a la carga y, con una misión encabezada por el propio John C. Merriam, presidente de la Institución, tuvo su proyecto aprobado por las nuevas autoridades revolucionarias en tres instancias: la Dirección de Antropología, encabezada por Manuel Gamio, la Subsecretaría de Educación, a cargo de Ramón de Negri y, finalmente, la presidencia de la República, en manos del general Álvaro Obregón.⁶ A mediados de esa década, los representantes de la Carnegie Institution comenzaron a referirse cada vez más insistentemente al conjunto de los sitios prehispánicos distribuidos

⁴ “Mexico to Attach Ex-Consul Ranch/E. H. Thompson is Accused of Illegally Exporting Relics Now in Museum Here/Harvard ‘An Accomplice’”, *The New York Times* (6 sep. 1926). La demanda de la Procuraduría General de la República fue por 1 000 000 de pesos. El propio Thompson lamentaba las declaraciones de sus admiradores: “Some overenthusiastic friends had estimated the value of the golden finds to be \$500 000 [...]” THOMPSON, *People of the Serpent*, p. 299.

⁵ GIVENS, “Sylvanus G. Morley”.

⁶ Secretaría de Educación Pública. Departamento de Antropología. *Concesión otorgada por el Gobierno Mexicano a la Carnegie Institution of Washington para Exploraciones Arqueológicas en Chichén Itzá, Yucatán*, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección Editorial, 1925.

entre Honduras, Belice, El Salvador, Guatemala, Quintana Roo, Chiapas, Yucatán y Campeche, como “el Área Maya”. Era evidentemente una extrapolación conceptual, puesto que “maya” era un denominador sólo usado por los grupos indígenas de la península de Yucatán, mientras que otras colectividades se identificaban con nombres diferentes (lacandonos, tzotziles, choles, tojolabales, etc.).⁷ Lo “maya” había sido popularizado desde el último cuarto del siglo XIX para efectos de su proyección periodística hacia el público estadounidense. Sin embargo, la Carnegie y sus especialistas inventaron un nuevo concepto generalizante (el “Área Maya”) y partieron, de allí, a mitologizar –entre otras cosas– a los pueblos que cabían dentro de esa denominación.⁸ Por eso en este texto el término “maya” va entrecomillado, si bien el foco principal del estudio es, de hecho, Yucatán, aunque frecuentemente el adjetivo aparezca extendido más allá de sus fronteras. De cualquier manera, el nacimiento del “Área Maya” no fue una genial y original maniobra de Morley y asociados, sino que era el resultado de un trabajo de “obra negra” que había precedido a la llegada de la

⁷ Como decía acertadamente el *New York Sunday Times* (28 abr. 1880): “the so-called Maya race, or family of peoples whose remains are scattered through Central America and Yucatan”.

⁸ Hay que recordar que la idea de “invención” de lo “maya” ya fue explorada a mediados de los años noventa del siglo pasado en CASTAÑEDA, *In the Museum*. Sin embargo, el autor orienta su idea hacia el impacto de la antropología en la creación de la industria del turismo por medio del invento de un “museo virtual” de una hipotética cultura “maya” en Chichén Itzá y no, como se pretende en este texto, a crear el marco institucional y empírico para el crecimiento de la “arqueología” en Estados Unidos. Para el proceso de mitologización, véase EVANS, *Romancing the Maya*.

denominada “arqueología científica” de la CIW; una obra que había consistido no sólo en dar a conocer lo “maya” al mundo occidental, sino en situarlo en el contexto del universo estético de las antigüedades, elevarlo al nivel de las más famosas ruinas descubiertas y trabajadas por las arqueologías de las potencias europeas, y con eso darle un valor de mercado que retribuyera la inversión hecha en los fundamentos de la edificación. Edificación puesta al servicio de la conformación de la arqueología y de la antropología profesionales en los museos y en las grandes universidades estadounidenses, realizada por un grupo de *Bostonians*.

Así, el objetivo es investigar la construcción epistemológica de algo llamado el “Área Maya”, que comienza a aparecer, aún carente de una definición precisa, en la década de 1870 y se concretiza, ya con ese imponente nombre, en la de 1920. El argumento postula que esa construcción conceptual –que no excluye la existencia física de una vasta zona de restos dispersos de diversas facetas y etapas de la llamada “civilización maya”–, iniciada por un grupo de anticuarios-coleccionistas, promotores científicos y empresarios académicos del área de Boston, fue fundamental para el desarrollo, consolidación y expansión de la arqueología (y de la antropología) en Estados Unidos de América del Norte. A su sombra dio inicio la creación de secciones de arqueología en sus museos y universidades, y fue sólo con el arranque de su exploración que una institución como el Peabody Museum de la Universidad de Harvard consiguió al fin la base académica de respetabilidad para encontrar fuentes firmes de financiamiento.⁹ A partir de esa construcción

⁹ HINSLEY, “From Shell-Heaps”, p. 71.

se dio la formación de *lobbies* en Washington que pugnaron por recursos públicos y privados para esa actividad; gracias a ella se sentaron bases importantísimas, si bien no únicas, para la formación de una vigorosa industria turística, y por ella surgieron rivalidades institucionales y enemistades personales que llenan los relatos anecdóticos de la historia de la arqueología estadounidense. Por último, pero de ninguna manera en último lugar, la construcción conceptual, la delimitación física y la exploración del “Área Maya” sirvieron para situar a los centros estadounidenses practicantes de esa nueva disciplina en el mismo nivel de los centros congéneres europeos, en particular los ingleses, los alemanes y, en menor medida, los franceses.¹⁰ Por eso, es posible definir esta investigación, al menos en parte, como una averiguación en los meandros de un proceso de State-Building en el campo de la ciencia y del prestigio internacional de la academia estadounidense, que complementa el proceso de construcción del Estado que emerge de la Guerra de Secesión. Un proceso que se inserta en “the politics of knowledge”, que significa la incorporación de varios tipos de conocimiento al desarrollo del Estado nacional *post bellum*.¹¹

¹⁰ Para el atraso relativo de la arqueología francesa antes del último cuarto del siglo XIX, véase RIVIALE, “La Science en Marche”, p. 335; sobre la importancia de la arqueología para la construcción del imperio alemán véase RAINA, “Intellectual Imperialism” y PENNY y BUNZL, *Wordly Provincialism*. Hubo otras formas –exitosas y duraderas– de intentar un “nivelamiento” con las academias europeas, como se verá brevemente más adelante, por medio de la creación de centros estadounidenses de investigación en el Viejo Mundo por parte del Archaeological Institute of America, para demostrar que Estados Unidos “should not be left behind”. MARK, *Four Anthropologist*, p. 28.

¹¹ LAGEMANN, *The Politics*, p. 4.

Aquí me voy a ocupar únicamente de los primeros 20 años de esa historia, esto es, de c. 1875 a 1894. Una segunda parte del trabajo abarcará de 1894 a 1913, periodo que cubre el involucramiento más intenso del Peabody Museum en Yucatán, y en particular en Chichén Itzá –incluyendo el financiamiento y funcionamiento de la draga y el entrenamiento subacuático de Thompson y sus ayudantes– hasta la segunda y definitiva dimisión del cónsul del servicio exterior estadounidense, precisamente cuando la Carnegie Institution y otros grupos competidores (Boas y su International School) comienzan a aparecer en el horizonte arqueológico nacional. Por fin, la tercera y última parte retomará el hilo de la historia en los últimos años de la primera guerra mundial, discutirá la instalación de la Carnegie Institution y su arqueología “científica” en la hacienda Chichén, la demanda contra Thompson y sus últimas relaciones con la Carnegie, su inquilina en Chichén. Esta primera parte trata primordialmente de los proyectos elaborados en el “Área Boston”, el reflejo empresarial promotor de la todavía incipiente “Área Maya”, y busca reinterpretar la bibliografía especializada y los fondos de archivo en ese sentido y dirección.

LA ORFANDAD DE LA ARQUEOLOGÍA ESTADOUNIDENSE Y LA CONSTRUCCIÓN DEL “ÁREA MAYA”

Entre 1870 y 1885 diversas misiones institucionales europeas y anglo-americanas, bien como intervenciones de viajeros-exploradores individuales, fueron conformando en la península de Yucatán y las áreas próximas de América Central, un espacio geográfico y exploratorio que se convertiría, sobre todo de 1885 en adelante, en una especie

de coto arqueológico exclusivo de los museos, fundaciones y universidades estadounidenses, en particular de la costa este del país, el famoso *Eastern Establishment* académico; con un importante agregado extra-regional, Chicago y su imparable ascensión a la categoría de centro urbano articulador de una riquísima región y por eso sede de grandes nuevas fortunas, de una flamante universidad financiada por la familia Rockefeller, y de un mastodóntico museo, nacido de la mayor feria mundial jamás montada en Estados Unidos, la World Columbian Exposition (WCE) de 1893.¹² A su lado Harvard y su Peabody Museum, Washington y su Smithsonian Institute, secundados por otros centros de índole académica, entre ellos las Universidades de Pensilvania y Columbia, y el American Museum of Natural History de Nueva York. Hay que señalar que durante toda la segunda mitad del siglo XIX y hasta los años inmediatos a la primera guerra mundial, los practicantes estadounidenses de la arqueología, casi todos ellos anticuarios autodidactas o viajeros-exploradores, *scholars* dotados tan sólo de un entrenamiento informal,¹³ solían llevar a cabo sus actividades en determinados nichos arqueológicos de Egipto, Grecia, Mesopotamia, y otras áreas del Medio Oriente, que habían sido ya “distribuidos” informalmente como parte del botín colonial entre las principales potencias europeas y sus museos (lo que no quiere decir que en la arqueología colonialista reinara la paz, sino más bien todo lo contrario).¹⁴ También

¹² Sobre la fundación de la Universidad de Chicago y Rockefeller véase STORR, *Harper's University*, pp. 285-291 y MENAND, *The Metaphysical Club*, pp. 285-333.

¹³ MARK, *Four Anthropologist*, p. 175.

¹⁴ MARK, *Four Anthropologist*, pp. 27-28. Sobre las disputas arqueológicas

se habían establecido ya dos bases firmes, la American School of Classical Studies de Atenas y su similar de Roma, ambas mantenidas por el Archaeological Institute of America (AIA), fundado en 1879.¹⁵ Eran instituciones creadas a semejanza de las que habían sido fundadas décadas atrás por franceses e ingleses, y que representaban el predominio en la naciente arqueología estadounidense de la perspectiva “clasicista”, que buscaba primordialmente adquirir objetos vinculados a las tradición helénicas, egipcias, asirias, etc., para poder exponerlos en sus museos. La disputa entre los partidarios de esa opción y un pequeño pero aguerrido grupo de “americanistas”, que pugnaban por orientar sus investigaciones hacia áreas desconocidas del continente —a comenzar por el propio territorio de Estados Unidos— está en la raíz del nacimiento de la arqueología en ese país.¹⁶ Sin embargo, los “clasicistas” estadounidenses, que dominaban importantes instituciones recién fundadas, como el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania (1887),¹⁷ pertenecían en Europa a categorías diferentes de las que enmarcaban a los arqueólogos ingleses, franceses, alemanes o belgas. Había una cuestión de “organicidad” que convertía a los estadounidenses, venidos de tan lejos

entre los imperios coloniales consúltese DÍAZ-ANDREU, *A World History*.

¹⁵ BROWMAN, “The Peabody Museum”, p. 512.

¹⁶ Marchand, para quien las escuelas eran muestras de un amplio proceso de “decosmopolitanization of the study of antiquity”. (MARCHAND, “Orientalism”, p. 307), sitúa su fundación por parte de las principales potencias europeas en las décadas de 1870 y 1880 (las primeras francesas e inglesas), a diferencia de Mark (*Four Anthropologist*, p. 175) que encuentra una alemana en Atenas en 1829 y una francesa ya funcionando en 1848 y a los ingleses tratando de imitarlos a mediados del siglo.

¹⁷ DANIEN, “Robert James”, p. 25.

y tan ajenos a los contextos culturales de las exploraciones europeas, en unos recién llegados cuya presencia era tolerada con simpatía y condescendencia, pero no recibida como parte de un esfuerzo común, término éste que sólo se entendía en el contexto de la colaboración y de la competencia intereuropea.¹⁸ Los exploradores estadounidenses activos en las regiones clásicas de los depósitos arqueológicos en las últimas décadas del siglo XIX eran unos *outsiders*, que, además, pretendían agresivamente equipararse a las iniciativas europeas en sus propios términos y territorios, como lo mostraba la fundación de las Schools of Classical Studies ya aludidas.¹⁹

Esa falta de pertenencia, ese contexto de “orfandad” de la arqueología estadounidense en las zonas controladas por las potencias hegemónicas europeas comenzó a difuminarse a partir de los primeros años de la década de 1870, con el hallazgo y la exploración cada vez más sistemática de las ruinas prehispánicas de América Central y Yucatán, una región del propio continente donde la competencia europea era infinitesimal, y que fue rápidamente “anexada” por las empresas exploradoras de la costa este de Estados Unidos. En ese sentido, la apropiación de la península de Yucatán y espacios centroamericanos adyacentes por parte de asociaciones de anticuarios, museos, fundaciones y departamentos de arqueología y etnografía de algunas universidades del

¹⁸ Véase, por ejemplo, la actitud “tolerante” de los círculos arqueológicos y antropológicos franceses ante los esfuerzos estadounidenses por alcanzar niveles científicos semejantes a los europeos en “Nouvelles Archéologiques”, en *Revue Archéologique* (jul.-dic. 1884), p. 120 y la misma sección del núm. de (ene.-jun. 1885), pp. 250-251.

¹⁹ MARK, *Four Anthropologist*, p. 28.

este de Estados Unidos (Chicago incluido, no geográfica, pero sí orgánicamente), en ese orden cronológico, también significó una especie de revancha de la indefensión arqueológica estadounidense en las zonas controladas por las potencias coloniales europeas. Al detectar lo que en unas décadas vendría a ser el “Área Maya” los exploradores de la costa este de Estados Unidos y sus patrocinadores habían encontrado una región privativa en la que trabajar. No hay que olvidar que el modelo europeo de excavaciones arqueológicas, particularmente el francés, descansaba en pesadas estructuras institucionales ligadas al Estado, o como en el caso alemán, en complejas relaciones entre éste y sistemas privados de patronato.²⁰ Al lado de ellos, los *Bostonians* y sus aliados eran básicamente emprendedores individuales apoyados plenamente por corporaciones privadas, lo que les daba una flexibilidad y una movilidad mucho mayores, más adecuadas a la naturaleza semi-predatoria de sus actividades en Yucatán. Por eso la facilidad con la que se apoderaron de la región; por eso, tal vez, la necesidad de elevar lo “maya” a la altura de las antigüedades del Viejo Mundo era más apremiante: era una necesidad que se proyectaba hacia el mercado interno de Nueva Inglaterra, sí, pero cuyos resultados era vital proyectar hacia los principales centros europeos de coleccionismo anticuario y arqueológico. Los grandes responsables de la temprana anexión simbólica pero eficiente de esa zona integran un grupo al que llamaré, por economía (y tomando prestado, con las debidas reverencias, el título de Henry James), los *Bostonians*, los integrantes

²⁰ Véase MARCHAND, *Down from Olympus y German Orientalism*.

del “Área Boston”, compuesta por la ciudad del mismo nombre, Worcester y Cambridge, y más en la distancia y por un corto periodo, Salem.

LOS BOSTONIANS

Si los exploradores estadounidenses en las regiones bajo control de las potencias coloniales europeas podían calificarse como “outsiders consentidos”, el grupo congregado en torno de lo que apuntaba hacia una nueva rama del conocimiento, la arqueología, con sus fuertes raíces anticuarias, también sufría de una cierta condición marginal en el “Área Boston”. En esta cuna de la cultura, de la urbanidad y de la ciencia estadounidenses, una de las principales de la época, los espacios científicos y sus bases financieras estaban dominados por otros grupos, sobre todo el encabezado por Louis Agassiz, el eminente naturalista suizo, fundador y director del Museo de Zoología Comparada de Harvard, un decidido adversario de las teorías de Darwin que comenzaban a fascinar no sólo a sus rivales, sino a algunos de sus más brillantes alumnos, como el “disidente” Frederick W. Putnam. La relativa marginalidad de “nuestros” *Bostonians* radicaba no sólo en el desafío al *establishment* y a las buenas costumbres que significaba la adopción de las ideas darwinistas, sino en un “*Bostonianism*” medio adoptado, no original, de nacimiento, puesto que algunos de los más prominentes miembros del grupo, como el ya mencionado F. W. Putnam, Stephen Salisbury Jr. o el propio Gran Benefactor, George W. Peabody, provenían de ciudades vecinas, como Salem y Worcester, y no de la propia fuente originaria de la aristocracia neolinglesa. La cabeza política del grupo, el

senador George F. Hoar, había nacido en Concorde, Mass., de una antigua y prominente familia de *New-Englanders*. La única excepción, de entre los notables, era Charles P. Bowditch, un bostoniano de pura cepa.²¹ No por acaso la base de operaciones del grupo no fue una de las rancias instituciones culturales de Boston (si bien se apoyaron intermitentemente en la Massachusetts Historical Society, la primera de su tipo) sino la American Antiquarian Society (AAS), fundada en 1812 en Worcester, y en un Peabody Museum incrustado un tanto cuanto artificialmente en la Universidad de Harvard durante los primeros 25 años de su existencia, esto es, hasta inicios de la década de 1890.²²

La actividad exploratoria, excavadora y coleccionista que dio origen al tronco mayor de la arqueología anticuaria estadounidense se originó en las iniciativas de la AAS y en los febriles proyectos de sus financieramente sólidos miembros, dirigidos primordialmente a las áreas “mayas”. Desde luego,

²¹ Sobre Agassiz, un verdadero mandarín de las ciencias naturales en la Nueva Inglaterra de mediados del siglo XIX, véase LURIE, *Louis Agassiz* y MENAND, *Metaphysical Club*, pp. 97-148. Respecto a las pugnas al interior de la comunidad científica bostoniana de la época, dividida, como en tantos otros lugares, entre partidarios y detractores de Darwin, véase HINSLEY, “From Shell-Heaps”.

²² Sobre los orígenes y propuestas originales de la AAS, véase EVANS, *Romancing*, pp. 46-47. Sobre Putnam véase BROWMAN, “The Peabody Museum”; MARK, *Four Anthropologists* y HINSLEY, “From Shell-Heaps”, pp. 49-52; sobre Bowditch, hasta donde sabemos, sólo existe el obituario escrito por Alfred Tozzer y publicado en 1921 en *American Anthropologist*, 23:3 (jul.-sep. 1921), pp. 353-359. Sobre Hoar se publicó un homenaje en *American Antiquarian Proceedings*, 17 (1907), pp. 159-166, escrito por Edward E. Hale, pero que no contiene ninguna información sobre sus intereses anticuarios. Sobre Salisbury sólo se han encontrado las notas constantes de HINSLEY, “In Search of the New World”, pp. 115-118.

eran todos *Harvard men*, todos inmersos en actividades empresariales y, de una o de otra manera, en ejercicios culturales propios de *scholars* de la época, principalmente en el coleccionismo de antigüedades. Todos miembros periféricos de la élite regional que buscaba por diversos medios –entre ellos sus proyectos en el seno de la AAS–, y en momentos de profundos cambios en la sociedad estadounidense, la ocupación (o el mantenimiento) de espacios de poder y posiciones de vanguardia en la definición de políticas científicas y culturales que redundaran en beneficio de estructuras corporativas, museos, universidades, etc. A ellos se unirían después, en una dialéctica de alianzas y rivalidades, los *Chicago men*, en particular Allison V. Armour y el William Holmes del Field Columbian Museum, y, años más tarde, se “agregarían” –pues su llegada marca un cambio de rumbo radical– los *Washington men* (no por nacimiento sino por plataforma de actividad), entre los que sobresalen –Holmes otra vez– Sylvanus G. Morley y Alfred Kidder, los dos principales responsables del Proyecto Chichén Itzá de la Carnegie Institution de Washington, si bien ni de lejos equiparables a los anteriores en riqueza y pedigrí. Todos ellos estuvieron vinculados desde un principio con las actividades filantrópicas y de *institution building* de George W. Peabody, el riquísimo empresario de Salem, padre de la filantropía estadounidense, y en particular con la entidad que había resultado de la donación de 150 000 dólares concedida en 1866 al Harvard College para que fundara un museo de arqueología y etnología que llevara su nombre, el Peabody Museum.²³ Todos ellos estuvieron involucrados,

²³ Sobre Peabody véase PARKER, *George Peabody* y HINSLEY, “From

en mayor o menor medida, con más o menos intensidad y constancia –desde la dedicación casi exclusiva de Salisbury y Bowditch, para no hablar de Morley y Kidder, hasta el apoyo mundano de Armour, pasando por el imprescindible patronato político-científico del multitareas Putnam (involucrado por esos años en proyectos mucho más ambiciosos que la exploración y el coleccionismo) y de Hoar– en la empresa que llevó a la creación del “Área Maya”.²⁴

Nuestros *Bostonians* eran por lo general poseedores de considerables fortunas derivadas de la expansión industrial estadounidense que siguió al término de la guerra civil. Habían amasado grandes capitales en empresas exportadoras de algodón y otros productos de la tierra, fabricación de textiles, ferrocarriles y diversos negocios conectados con el crecimiento agroindustrial que confluía en Chicago y se desaguaba en los muelles de Boston.²⁵ Se movían en un círculo que ya desarrollaba emprendimientos comerciales fuera de las propias fronteras, y en algún momento del inicio de la historia se puede decir que ambas empresas, la exploración anticuaria y la naciente multinacional en

Shell-Heaps”, pp. 49-50. El acta de la sesión en la que Peabody hizo la donación para Harvard está publicada en *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, 9 (1866-1867), pp. 359-367.

²⁴ Hay que advertir que, a diferencia de la bibliografía focalizada en Yucatán y América Central, ninguno de los trabajos que se ocupan de Putnam y de su papel en el nacimiento de la antropología estadounidense le da mayor importancia al “Área Maya” dentro de las actividades que lo convirtieron en la figura dominante que fue.

²⁵ Respecto a la pujanza económica, la expansión comercial y el auge financiero de Nueva Inglaterra –y en especial de Boston– al terminar la Guerra Civil, véase TEMIN, “The Industrialization” y ROSENBLOOM, “The Challenges”.

tierras extranjeras, fueron de la mano: es el caso de la mancuerna formada por los intereses henequeneros (vitales para el comercio internacional de granos) y coleccionistas de algunas ramas de la familia Peabody en Yucatán en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX.²⁶ También tenían excelentes conexiones políticas, tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes, y en varias ocasiones mostraron disfrutar de un fluido acceso a los altos niveles de gobierno, en particular dentro del Departamento de Estado y la propia Casa Blanca (lo que no significaba, sin embargo, éxito automático en las gestiones). Varios de los políticos más prominentes de las últimas décadas del siglo eran miembros de sociedades anticuarias o históricas, en particular las de Boston, Nueva York y Washington. Por esos años era de buen tono pertenecer a ese tipo de asociaciones, daban un prestigio que disfrazaba un poco el tremendo enriquecimiento de sus miembros, un fenómeno incómodo en una sociedad en la que aún sobrevivía una vieja y rígida alma puritana.²⁷ Se formó, entonces, un eje geopolítico y pro-científico, constituido por segmentos de las aristocráticas élites empresariales de Boston y las impetuosas nuevas fortunas de Chicago.

A partir aproximadamente de 1870, este grupo comenzó a invertir recursos políticos, humanos y monetarios para conseguir el control de una región que poco a poco fue siendo delimitada en función de la existencia de vestigios

²⁶ Para una interesante discusión sobre patronato y arqueología véase SNEAD, "Science". Para el caso particular de las empresas Peabody en Yucatán, véase JOSEPH, *Revolución*, pp. 80-88.

²⁷ Véase el peso de este tipo de consideraciones en gente como Andrew Carnegie, en LAGEMANN, *The Politics*, p. 13.

de culturas que fueron unificadas bajo el término “maya”. El objetivo final era contar con (y controlar) un espacio propiamente neoinglés de exploraciones arqueológicas que pudiera competir al tú por tú con las zonas de exploración controladas por ingleses, franceses y alemanes en el Viejo Mundo. Pero para alcanzar ese objetivo era necesario llevar a cabo algunas tareas preliminares, todas ellas dirigidas a construir y dominar la región. No se trata de plantear aquí un esquema de “conspiración” urdida por los *Bostonians* con fines malévolos, crudamente imperialistas, pues, por un lado, algunas de las acciones que llevaron a la delimitación y el control de la región fueron realizadas sin un plan previo; por el otro, hay que recordar que junto a los posibles fines mercantilistas y empresariales del coleccionismo y de la consolidación de instituciones privadas, como el Peabody Museum y la AAS, estaba también el propósito de cimentar firmemente las bases para el desarrollo de la arqueología (y de la antropología, como resultado del mismo empuje) en la costa este de Estados Unidos, y con ello propiciar el avance del conocimiento científico. También es necesario advertir que si las acciones a las que me voy a referir a continuación no se realizaron obedeciendo a un esquema preconcebido, tampoco fueron consecutivas ni siguieron ningún tipo de linealidad. Sin embargo, sí significaron la apropiación científica y cultural de un territorio extranjero por parte de representantes de una potencia continental, con todas las violaciones a la soberanía nacional mexicana que eso implicaba, ayudadas por actitudes de indiferencia y apatía por parte de las autoridades mexicanas. Para explicar esto último se podrían aludir varias cosas: la “extrañeza” que Yucatán representó para la federación mexicana a lo largo

del siglo XIX, incluyendo su inveterada tendencia a la secesión; su lejanía con relación al centro político y cultural del país y un relativo abandono por parte del gobierno central; las dificultades de emplear lo “maya” como elemento de unificación e identidad nacionales, como lo era la cultura azteca; e incluso cuestiones relativamente coyunturales, como los remanentes de la Guerra de Castas, que, aún vivos en las décadas de 1870-1890, sólo se encierran en los primeros años del siglo XX. Lo que sigue es una visión sintética de los fundamentos del “Área Maya” conforme ellos fueron siendo construidos por el grupo de Boston. A lo largo del ensayo esos temas volverán a aparecer, ya entonces integrados en la narrativa.

LOS CIMIENTOS DEL “ÁREA MAYA”

Hay una vertiente de la historiografía arqueológica estadounidense que sostiene la existencia de motivaciones “nacionalistas” que estarían por detrás de las acciones tendientes a incorporar la región yucateca y centroamericana al conjunto de objetos de estudio de coleccionistas, museólogos y especialistas universitarios. En varios de los estudios que pertenecen a esa tradición se invoca el fantasma de la doctrina Monroe, y al mismo tiempo, me parece que se asume, sin decirlo, una proyección de los nacionalismo-imperialismos europeos y su expansionismo colonialista de la época al continente americano, en particular a la relación Nueva Inglaterra-“Área Maya”. Esa versión encuentra un fuerte argumento en las arrogantes actitudes de John L. Stephens y sus pretensiones de comprar Copán, Uxmal, Palenque y Quiriguá, al tiempo en que luchaba por todos

los medios para impedir que la competencia (francesa, principalmente, pero también los británicos de Belice) lo hiciera. Stephens juzgaba como un derecho casi divino su intento de “adquirir” sitios arqueológicos enteros y trasladarlos a Nueva York para instalarlos en Central Park, mientras denunciaba la presencia de exploradores del Viejo Mundo como una “violación” del destino manifiesto estadounidense.²⁸ Edward H. Thompson, en sus primeros años como cónsul de Estados Unidos en Mérida, fue más lejos y vio en el arqueólogo inglés, Alfred Maudslay, un posible agente de una nación extranjera, un hombre trabajando “for a rival Society of a rival nation,” en lo que era, para todos los efectos, un espacio de Monroe.²⁹

Otro elemento que ha servido para sostener la tesis del “nacionalismo monroísta” (que más parece un imperialismo a secas) es una interpretación peculiar y, a mi juicio, un poco desorbitada, casi una sobre-interpretación, del arreglo de los materiales etnográficos, antropológicos y arqueológicos en la *World Columbian Exposition* de Chicago de 1893, que buscaría mostrar una continuidad sin interrupción entre las

²⁸ STEPHENS, *Incidents of Travel*, vol. 2, pp. 115-116. Aparentemente, las intenciones “incorporacionistas” de Stephens calaron hondo en la imaginación imperial de la época. En 1854 el explorador austriaco, Carl Scherzer, fue contratado por el cónsul británico en Guatemala para estudiar la posibilidad de capturar algunas esculturas y enviarlas a Londres, por instrucciones de Lord Palmerston, “who had heard that attempts had been made to purchase Copán and Palenque on behalf of the United States, and was anxious lest Great Britain be left without monuments of similar calibre in its collections. But Scherzer reported that the monuments were too heavy to be moved”. GRAHAM, *Alfred Maudslay*, pp. 79-80.

²⁹ Thompson a Bowditch, Mérida, 6 de julio de 1888. PMA/PMDR/FWP, X-File 91-8B, folder 2.

culturas de las Grandes Planicies estadounidenses y las áreas mesoamericanas, invocando con eso una especie de derecho de origen a los depósitos arqueológicos “mayas”. Todo eso gracias a la intermediación de los toltecas, considerados por uno de los más famosos exploradores de la época, Désiré Charnay, como un grupo étnico emparentado con los habitantes del norte del globo. Por otro lado, el hecho de que esta tesis esté basada –además de Stephens, cuyo imperialismo parece innegable– en interpretaciones del autor sobre las actitudes supuestamente nacionalistas (hacia Estados Unidos) de Augustus Le Plongeon y Désiré Charnay, el primero inglés naturalizado estadounidense y el segundo francés hasta la médula, levanta más cuestiones de las que responde, entre otras la verdadera orientación de un “nacionalismo” expresado por un francés en los años inmediatos a la guerra franco-prusiana.³⁰ A lo que sí parece que pueden abonar esas posturas es a la lucha contra el sentimiento de inferioridad científica que agobió a las comunidades académicas de la costa este de Estados Unidos –anticuarios incluidos– hasta los primeros años del siglo xx, al que me referiré más adelante, si bien los (ambiguos) postulados de la doctrina Monroe seguirán como comodines ideológicos justificativos de varias acciones bostonianas durante un par de décadas.

³⁰ EVANS, *Romancing*, pp. 104-115. Admitiendo, sin conceder, que haya habido condicionantes nacionalistas en la aventura anticuario-arqueológica de los *Bostonians* en Yucatán, éstas no surtieron, sin embargo, ningún efecto en términos del control efectivo de la región, que se alcanzó por métodos más bien empíricos. Por otro lado, me parece que se trata de un uso muy superficial del concepto: los nacionalismos buscan clásicamente servir de instrumentos para la cohesión y la identidad nacionales recurriendo a una historia ancestral, lengua común, tradiciones compartidas, etc., nada de lo cual existe en la ecuación *Bostonians*-“mayas”.

Uno de los factores clave –y que así se fue mostrando de manera paulatina– para el dominio del “Área Maya” consistía en ejercer el control sobre los exploradores que la habían venido ocupando –siempre esporádicamente– desde el momento en que se iniciara el interés de los *Bostonians*, en 1870, cuando el Peabody Museum, en esos años una institución naciente, débil e insegura, otorgó su primer donativo para hacer excavaciones en Yucatán.³¹ Eran personajes de distinta procedencia, pero todos ciudadanos de potencias europeas. La primera modalidad de control, muy flexible, consistió en comprometer a algunos de esos exploradores, que ya estaban en campo, mediante el financiamiento parcial de actividades que interesaban al grupo de Boston, y que resultaban en el envío clandestino de antigüedades destinadas al Peabody Museum y a la AAS –y en algunas ocasiones también al Smithsonian. Ese fue el caso de Le Plongeon, Charnay, Maudslay y el alemán Teoberto Maler, por ejemplo. Algunos de ellos habían estado relacionados con la intervención francesa (Charnay y Maler, por lo menos), pero todos habían bebido en los resultados de la Comisión Científica Mexicana que acompañó a la fuerza expedicionaria, mismos que los habían animado a explorar el “Área Maya” en los meses inmediatamente posteriores al fusilamiento de Maximiliano y a la recuperación de un relativo clima de paz en México. Sin embargo, eran relaciones inestables, como inestables eran los sujetos últimos de los

³¹ El agraciado fue Porter Bliss, secretario de la legación de Washington en México. Bliss había prometido que por 1 000 pesos tendría el mayor placer “in securing whatever treasures I can, for your Museum”, pero sólo recibió 500 dólares. HINSLEY, “In Search of the New World”, p. 109. Salisbury había vivido en Yucatán durante el invierno de 1861-1862, ya con los franceses en las playas de Veracruz.

contratos –todos (con la aparente excepción de Maudslay) tremendamente individualistas, arrogantes, con altas dosis de autoestima y con claras tendencias a actuar de acuerdo con sus propios intereses sin darle mucha atención a los de sus distantes patronos. Pero, sobre todo, eran “extraños” al grupo de Boston y “extranjeros” en el área –más “extranjeros” que los propios yucatecos y mexicanos–, y en el clima de agudísima competencia imperial con fuertes raíces nacionalistas en Europa, sazonadas con las reverberaciones monroístas mencionadas, esos sujetos representaban apuestas riesgosas. Así, a partir de 1880 los exploradores europeos del “Área Maya” (con excepción de Maler, que seguirá en la nómina hasta finales del siglo y quien, además, trabajaba para entonces en Tikal) vieron cortadas paulatinamente las conexiones con sus patrocinadores estadounidenses. Fueron los casos específicos de Le Plongeon, Charnay y el cónsul de Estados Unidos en Mérida, Louis Aymé (1880-1884). Mientras tanto, un número cada vez mayor –y cada vez más profesional– de exploradores y arqueólogos de Estados Unidos, ligados a Boston o a Chicago, ocupaba la plaza. Algo que Eric J. Thompson elaboraría más tarde, de manera crítica, como “the Monroe doctrine of anthropology, or hands off America; home-grown American civilizations for the Americans.”³² La solución vendría en 1885 con la

³² Citado en ADAMSON, *The Ruins of Time*, p. 112. Maudslay continuó en México hasta los primeros años del nuevo siglo, pero a partir de 1898 se instaló en Oaxaca con la expectativa de explorar Montealbán, y, debido a la quiebra de las empresas familiares en Inglaterra, cambió hacia Washington sus vínculos profesionales, tratando, sin éxito, de obtener financiamiento de la Carnegie Institution. Véase GRAHAM, *Alfred Maudslay*, p. 214.

“americanización” definitiva del “Área Maya” y el establecimiento de una estación permanente y segura, el consulado de Mérida.

El crecimiento de la arqueología en las principales instituciones de investigación de la costa oeste de Estados Unidos dependía de un crecimiento semejante y paralelo del prestigio de las propias ruinas mayas, así como de su cotización en el naciente mercado estadounidense de antigüedades, en buena medida dominado por los *Bostonians* –lo que significaba, entre otras cosas, su conversión en objetos de “arte”, esto es, en su estetificación;³³ para eso, hubo que enfrentar los fuertes prejuicios instalados en los círculos cultos de Boston acerca del dudoso valor que las culturas “primitivas” podían representar frente a antigüedades que estuvieran de alguna manera ligadas a las épocas clásicas, como las europeas.³⁴ Eso no estaba completamente desvinculado de un cierto sentimiento de inferioridad cultural de las élites de Nueva Inglaterra frente a Europa, cuna de la sociedad estadounidense. En otras palabras, no sólo la arqueología anticuaria practicada en fundaciones, museos y universidades de la costa este buscaba ponerse en el mismo nivel de sus congéneres inglesa, francesa y alemana, sino que para hacerlo era necesario que la región “maya” fuera, ella misma, puesta en el mismo nivel científico, cultural y mercantil de Mesopotamia, del valle del Nilo, de la península Helénica, y de otras zonas ya sacramentadas por la mirada arqueológica occidental.³⁵ Augustus Le Plongeon, en su batalla

³³ Pasztory, *Thinking with Things*, p. 191.

³⁴ HINSLEY, “From Shell-Heaps”, pp. 51, 53-54.

³⁵ El sentimiento de que Estados Unidos era una nación desprovista de historia y de cultura, al contrario de Europa, fue un lugar común de

por lograr autorización para sacar de México, su gran descubrimiento, el Chac Mool, le habría escrito al presidente Lerdo de Tejada: “Henceforth the American artists [es decir, los “mayas”] could enter into competition with those of Assyria and Egypt!”.³⁶ Pero la importancia que había que

la reflexión de los círculos ilustrados de Nueva Inglaterra durante buena parte del siglo XIX. La obra de Henry James, contemporáneo de nuestros *Bostonians*, está llena de alusiones al respecto. Véase en particular su *Hawthorne* (1879). Evans da una serie de ejemplos de tales manifestaciones, comenzando en la década de 1820. EVANS, *Romancing*, pp. 46-47. Stephens consideraba prácticamente una cobardía que Francia e Inglaterra se rebajaran a negarle a un país tan pobre en esos atributos como Estados Unidos “its only chance of contributing to the cause of science”. STEPHENS, *Incidentals of Travel*, vol. 2, p. 474. Alice Dixon se refirió a la última obra de Le Plongeon, su marido, como un trabajo que daría a “America its true place among nations”. Alice Le Plongeon a Phoebe Hearst, s/f. Bancroft Library, University of California at Berkeley, citado en EVANS, *Romancing*, p. 139. Inclusive en el terreno de la antropología ya profesionalizada, la reverencia de la academia estadounidense hacia Europa y la ciencia y los científicos europeos —por ejemplo, Boas— se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. Véase MARK, *Four Anthropologists*, pp. 174-175.

³⁶ SALISBURY, “Dr. Le Plongeon in Yucatán”. SALISBURY, *The Mayas*, p. 36. Le Plongeon descubrió el Chac Mool en 1875 y pidió autorización al presidente Lerdo de Tejada para llevar la estatua a Filadelfia y exhibirla en la exposición que conmemoraba el centenario de la independencia de Estados Unidos. La autorización fue negada con el argumento de que la pieza “era propiedad de la nación y no suya”. *Revista de Mérida* (15 jul. 1880). Una crónica de la entrada del monolito en Mérida fue publicada por *El Monitor Republicano* en su edición del 30 de marzo de 1877 y está reproducida en LOMBARDO, *El pasado prehispánico*, vol. I, pp. 51-53. Después de una breve estancia en Mérida, la estatua fue trasladada al Museo Nacional por órdenes de don Porfirio. Arzamendi a secretario de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 24 de septiembre de 1880. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 146, exp. 22, ff. 115-116. El caso puede considerarse la primera toma de conciencia “oficial” de la

reconocer a las “antigüedades americanas” –término por el que debía entenderse ruinas mesoamericanas y andinas– no se debía sólo a su esplendor, capaz de compararse con las que llenaban los museos del Viejo Mundo, sino al hecho, absolutamente crucial, de estar “so close at hand”,³⁷ esto es, en territorio propio, y, además, en gran medida libres de ser objeto de la feroz competencia en la que se encontraban enfrascados los europeos en las riberas del Nilo, del Tigris y del Éufrates.³⁸ La delimitación y apropiación de algo que estaba “tan a la mano” como un espacio privilegiado para la arqueología “americana”, también significaba el fin, o por lo menos la disminución, de las costosas empresas de exploración en el Viejo Mundo cuando emprendidas por investigadores de este lado del océano. Para alemanes, ingleses y franceses lo que se encontraba “so close at hand” era la arqueológicamente riquísima cuenca del Mediterráneo. El Atlántico se convertía así en una barrera formidable para la protección del “Área Maya” bostoniana, situada, además, en territorios cubiertos por la noción de la soberanía continental estadounidense. No por acaso la doctrina Monroe había creado el “hemisferio occidental”.

Junto al tema de la “inferioridad” sentida por las élites de Nueva Inglaterra frente a sus concurrentes europeas,

riqueza arqueológica de México y de la necesidad de protegerla en los años posteriores a la intervención francesa.

³⁷ The Editor, “Ruined Citities”, p. 89. Como ya se dijo, la decisión de estudiar lo que estaba “close at hand” –esto es, las antigüedades de “las Américas”–, en lugar de insistir en el estudio de lo clásico, estuvo en el centro de las disputas al interior del Archaeological Institute of America, desde su fundación en 1879. Véase MARK, *Four Anthropologists*, pp. 27-28.

³⁸ STIEBING JR., *Uncovering the Past*, pp. 106-107.

hay que mencionar también otro tópico recurrente (y vinculado), el de la “indiferencia” del Viejo Mundo hacia América y sus consecuencias. Desde la época de Waldeck,³⁹ para mantenernos en los márgenes temporales de la nación independiente, había surgido en el discurso de los exploradores angloamericanos y europeos de las zonas arqueológicas mesoamericanas el tópico del ninguneo del continente americano por parte del Viejo Mundo, en contraste con el intenso interés despertado por África del Norte y el Medio Oriente, esto es, la cuenca mediterránea (un tema que después, ya en el último cuarto de siglo, se trasladará al discurso nacionalista mexicano, curiosamente cuando la “indiferencia” europea dé señales de estar terminando con la renovación del interés francés por México). La atracción que el entorno mediterráneo tenía para los arqueólogos y exploradores europeos aparecía como un fuerte obstáculo para que las academias, los gobiernos y los círculos empresariales del Viejo Mundo vinculados a emprendimientos culturales, se interesaran por la distante América. La gravitación de los arqueólogos europeos hacia la cuenca mediterránea no escondía ningún misterio: tenía que ver, antes que nada, con el sentimiento europeo de pertenencia ancestral a la región, allí incluida la boga del orientalismo de la segunda mitad del siglo XIX. Egipto, Grecia, Italia, Mesopotamia, Palestina, eran espacios donde se habían originado la cultura y la historia europeas, y la atracción que ejercían, además de los juegos imperialistas

³⁹ El explorador francés, Frédéric de Waldeck, visitó Yucatán entre finales de 1834 y 1836, cuando tuvo serios problemas con el gobierno de Santa Anna. Véase WALDECK, *Viaje pintoresco y arqueológico*.

de la época, tenía un fuerte componente de nacionalismos étnicos que se alimentaban de orígenes históricos compartidos.⁴⁰ Por eso Yucatán y las áreas vecinas, esto es, la cuenca del mar Caribe, tenían que convertirse, metafóricamente, en una especie de “mediterráneo neoinglés”, si bien sólo para efectos pragmáticos de exploración y colecta, no para establecer improbables vínculos históricos y culturales –fuera de los proporcionados por las tendencias expansionistas estadounidenses. Por eso, a lo largo del siglo XIX, diversos factores, entre otros la convicción de que no había habido grandes civilizaciones en América y, por lo mismo, relaciones entre ambos continentes –a pesar de las proposiciones “proto-difusionistas” del barón de Waldeck, Le Plongeon, Charnay *et al.*– orientaron los ojos de las misiones científicas del Viejo Mundo, siempre puntas de lanza de la expansión imperial e instrumentos de la geopolítica europea, hacia el Medio Oriente, Asia y África del norte. Al hacerlo, y al monopolizar en la práctica la exploración de los sitios de las antiguas culturas de esas regiones, las políticas culturales de las potencias hegemónicas europeas produjeron dos factores: dejaron las zonas americanas al “descubierto”; es decir, con su omisión y su desinterés, que no ocultaban cierto racismo, hicieron posible que se instalaran y se consolidaran en ellas los intereses científico-anticuarios estadounidenses –también impregnados, sin duda, de consideraciones raciales; y permitieron que la iniciante arqueología anticuaria de este país delimitara el “Área Maya” como su espacio particular y vitalmente exclusivo.

⁴⁰ RIVIALE, *Los viajeros franceses*, pp. 106-107.

La “indiferencia” europea, que redundaba en escasez de recursos para las investigaciones andinas y mesoamericanas, tenía otro componente fatal, que era la mínima valorización de las antigüedades americanas en los mercados anticuarios europeos y en las secciones de adquisición de los grandes museos. Por eso, el proceso de implantación de la arqueología anticuaria estadounidense en Yucatán también significó –y tal vez en una dimensión más importante de lo que aparece en la documentación– un esfuerzo por atribuir a las antigüedades “mayas” un valor de mercado comparable, o aproximado, al de las del Viejo Mundo. Hacia mediados del siglo XIX, las antigüedades prehispánicas no tenían cualquier valor comercial propiamente dicho, e instituciones europeas pioneras en su resguardo, como el Museo de Sèvres, pagaban cantidades meramente simbólicas por colecciones –en este caso de cerámicas andinas– más como reembolso por los gastos en los que los viajeros exploradores habían incurrido que como reflejo de una escala de valor material.⁴¹ Esa “indiferencia” estaba desde luego

⁴¹ RIVIALE, *Los viajeros franceses*, p. 41. Lo que no significa que no hubiera por esos años del fin de siglo un vigoroso mercado estadounidense en el que se negociaban “reliquias” de las culturas indígenas del territorio de Arizona y Nuevo México, con apoyo de una red de periódicos como *The Antiquarian*, que tenían secciones de compra y venta de antigüedades. Véase SNEAD, “Science”, pp. 254, 261. El proceso de construcción del valor de las antigüedades mesoamericanas en el último cuarto del siglo XIX no parece haber sido aún documentado. Sin embargo, diversas notas periodísticas de la época hablan de “altos precios” pagados por viajeros extranjeros por pequeñas piezas, muchas de ellas falsas. En 1893 *El Monitor Republicano* citaba un diario estadounidense que decía que “en los grandes salones de Nueva York, como objeto de lujo, tienen la preferencia [...] los ídolos mexicanos que son encargados a México y pagados a subido precio”. “Ídolos mexicanos”.

vinculada a una mirada estética –la europea– inmemorialmente habituada a los padrones clásicos de belleza, lo que convertía a las antigüedades mesoamericanas en objetos “grotescos”, “horripilantes” y, por lo general, violentamente antiestéticos. Por eso Waldeck se empeñó en “embellecer” sus reproducciones de piezas palenquianas, y declaró que ya era tiempo “de que la atención de Europa se dirija sobre un mundo quizás igualmente rico en tesoros científicos y en atractivos recuerdos [que Egipto]”,⁴² por eso el asombro de la famosa valoración estética hecha por Durero de los objetos enviados por Cortés a la corte de Madrid.⁴³ En 1880, en el contexto del lanzamiento de una ruidosa expedición franco-estadounidense a Yucatán,⁴⁴ la insistencia en el desprecio que significaba la baja estima europea hacia el pasado americano saltó de los propios exploradores a algunos círculos cultos de Nueva Inglaterra. Fue el caso de los reunidos en

El Monitor Republicano (23 mayo 1893), reproducido en LOMBARDO, *El pasado prehispánico*, vol. 1, p. 245.

⁴² WALDECK, *Viaje pintoresco y arqueológico*, p. 45.

⁴³ PASZTORY, *Thinking with Things*, p. 120; PASZTORY, *Jean-Frédéric Waldeck*. Véase también WILLIAMS, “Art and Artifact”.

⁴⁴ Dirigida por Désiré Charnay, financiada por el millonario estadounidense de origen francés, Louis Lorillard, y patrocinada por el Servicio de Misiones Científicas del Ministerio de la Instrucción Pública del gobierno de la III República francesa. Charnay firmó un contrato con la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública de México que le permitía apropiarse de un porcentaje significativo de las piezas encontradas en sus excavaciones y enviarlas al Museo del Trocadero en París, donde formarían la Colección Lorillard, y al Smithsonian Institution de Washington. El contrato provocó un escándalo mayúsculo en el Congreso y al final fue derogado y los hallazgos de Charnay confiscados. El documento y sus borradores están en AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 146, exp. 22. También está reproducido en DÍAZ Y DE OVANDO, *Memoria de un debate*.

torno a *The North American Review*, que comenzaron a cuestionar que las antiguas civilizaciones del Oriente, de África o de la península Helénica, hubieran despertado tanto interés, mientras que las americanas habían sido tratadas con “comparative indifference”.⁴⁵ Pero, como se dijo, el descaso europeo –no hablemos ya del mexicano– tuvo un gran mérito para los fines de este estudio: permitió la implantación incontestada de los intereses bostonianos en Yucatán y alrededores.

Por último, hay que señalar que la delimitación del “Área Maya” y la identificación de sus centros principales llevó naturalmente a privilegiar aquellos lugares que ofrecían mayores oportunidades de exhibiciones espectaculares y de obtención de piezas coleccionables de alto valor potencial, aunque también intervino sin duda el interés científico en ese juego contrastante entre el negocio y la ciencia, cada uno cubriendo el otro, y a veces uno cubriéndose con las apariencias del otro. En ese proceso, a partir de 1894, el grupo de Boston va a centrar gran parte de sus recursos y de sus atenciones en la exploración de Chichén Itzá, y crecientemente en su Cenote Sagrado, culminando una serie de visitas, más o menos superficiales, de Le Plongeon (1875), Charnay (1880), Maudslay (1889), Edward H. Thompson (1889), Maler (1891) y Holmes (1893), para sólo citar a los más conocidos.⁴⁶ Para muchos, este sitio y su exploración durante la primera década del siglo xx, así como los escándalos a que dio lugar el “saqueo” de las ruinas durante la década de

⁴⁵ The Editor, “Ruined Cities”, p. 91.

⁴⁶ Véase EWING, *A History*, pp. 22-34; COGGINS, “Dredging the Cenote”, p. 8.

1900, hecho público en 1923-1924, están irrevocablemente ligados a un personaje de atributos claro-oscuros, sujeto de una leyenda perfectamente maniquea –y como tal conocida–, Edward H. Thompson, el notorio cónsul de Estados Unidos en Mérida, entre 1885 y 1893, y en Progreso entre 1897 y 1907. Pero en este trabajo, y en este momento de la investigación, me voy a ocupar algo secundariamente de esa controvertida figura, ella misma inventada y reinventada de varias maneras, y voy a tratar de poner al frente, de manera muy empírica, narrativa y lineal, los intereses que lo reclutaron, lo contrataron, lo entrenaron, lo ensalzaron y, después –como veremos en la tercera parte de esta investigación–, lo dejaron caer, si bien buena parte de esa caída haya sido impulsada por su propio peso.

LOS *BOSTONIANS* EN ACCIÓN: EL CONSULADO, EL MUSEO
Y LA “AMERICANIZACIÓN” DEL “ÁREA MAYA”

Los anticuarios del eje Boston obtuvieron el control del poco codiciado consulado de Mérida desde aproximadamente 1883, cuando reclutaron a Louis H. Aymé, cónsul desde 1880, y que se mantendría en el cargo hasta 1884. En el verano de 1883, Salisbury y Alex Agassiz, hijo del naturalista –exmentor y feroz opositor de Putnam– solicitaron, por medio de la embajada de Estados Unidos en México, y “a nombre de ciertas sociedades de Massachusetts”, permiso para que Aymé pudiera realizar

[...] exploraciones arqueológicas en Yucatán y enviar a los Estados Unidos, debidamente sellados, moldes de papel, láminas fotográficas (photographic dry plates), cajas o barriles de tierra,

objetos rotos de alfarería y otros materiales que puedan ser de interés para los estudiantes de antigüedades en este país (Estados Unidos) y que no tengan valor intrínseco o siquiera valor posible si no es para los estudiantes científicos.⁴⁷

El exequátur de Aymé, concedido en abril de 1880, le autorizaba a “dedicarse a negocios mercantiles si así lo cree conveniente”, lo que, además de confirmar la modestia salarial del cargo, permitía extender las funciones del cónsul a las actividades arqueológicas.⁴⁸ Las “sociedades” interesadas en su colaboración eran el Peabody Museum of Archaeology de Cambridge, el Archaeological Institute of America de Boston, y la American Antiquarian Society de Worcester, el triángulo-nido de los *Bostonians*. El pedido de autorización

⁴⁷ Secretario de Relaciones Exteriores a Secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 22 de septiembre de 1883. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 147, exp. 4. La carta de Salisbury y Agassiz venía acompañada de otra del senador Hoar, que identificaba a los peticionarios como representantes de “scientific associations of the first ranks here”. Hoar a Frelinghuysen. Worcester. Mass., 25 de agosto de 1883. SRE, *AHGE*, leg. 15-1-63.

⁴⁸ Eduardo M. Neitl [Neill?] a Miguel Ruelas, ministro de Relaciones Exteriores. Legación de Estados Unidos en México, 22 de mayo de 1880; Ruelas a Phillip H. Morgan. México, 1º de mayo de 1880. SRE, *AHGE*, leg. 15-1-63. Hinsley afirma que Aymé fue nombrado cónsul a instancias de Salisbury, usando las influencias del senador Hoar. Hinsley, “In Search of the New World”, p. 110. Sin embargo, no hay evidencia de la formación de un grupo de presión para conseguir el cargo, como veremos en el caso de Thompson. Lo que sí está claro es que Aymé llegó a Mérida precedido por cartas de recomendación escritas por Salisbury a sus muchos amigos meridianos (Rodolfo Cantón a Salisbury. Mérida, 21 de abril de 1880. AAS, Salisbury Papers/Box 52/Fol. 1: 1880-1882), y que él y Agassiz, con el apoyo de Hoar, contrataron a Aymé en 1883.

iba dirigido tanto a las autoridades mexicanas competentes como a los “owners of the estates upon which ruins exist”. Salisbury y Agassiz solicitaban que las cajas, que debían ser enviadas por Aymé “from time to time”, debían pasar por la aduana “without examination, as in an underdeveloped state, the boxes could not be opened, without destroying the plates”. En el cargado ambiente post-Charnay, las intenciones eran las mejores y los cuidados los más depurados:

It is not the intention or wish of the undersigned to export any art treasures, or any article of value in contravention of Mexican Laws, nor to authorize *their agent* Louis H. Aymé to act in any manner objectionable to local or governmental authorities; but they request the good offices of the Secretary of State to secure permission for the exportation of such material, as may upon examination by the customs official be considered as not liable to the prohibition of the Mexican Law.⁴⁹

El pedido fue turnado al Museo Nacional en octubre de 1883 y éste, aparentemente, estuvo de acuerdo en que se concediera el permiso solicitado por tan ilustres personajes, si bien hasta diciembre de 1884 no había habido

⁴⁹ Agassiz y Salisbury a Frederick T. Frelinghuysen, Secretario de Estado. Cambridge, Mass., 25 de agosto de 1883. SRE, *AHGE*, leg. 15-1-63. Énfasis mío. Sin embargo, el *Diario del Hogar* veía el asunto con otros ojos: “El cónsul americano en Mérida, ha sido comisionado por los Sres. Stephen Salisbury Jr. y el profesor Agassiz, para que, a la sombra de su carácter oficial, les mande despojos con que adornar el Museo Peabody de la Universidad de Cambridge [...] adelantándole la suma de 1,500 pesos a cuenta de la de 5 000 con que piensan pagar los destrozos que haga este Señor en las ruinas de Yucatán.” *Diario del Hogar* (18 jun. 1882).

ninguna resolución favorable de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública.⁵⁰ Sin embargo, en el ínterin un periódico de la ciudad de México había traducido un segmento del Tercer Informe Anual del AIA, que se refería al contrato Salisbury-Aymé, y que, entre otras cosas, decía, en clara contradicción de los términos del pedido oficial: “*La mayor parte de las colecciones que haga Mr. Aymé, con todas las demás hechas de antigüedades americanas, escogidas por los agentes del Instituto serán depositadas en el museo Peabody*”. Para reforzar la peligrosidad del cónsul estadounidense, el diario informaba de pasadas acciones que mostraban los mecanismos empleados por Aymé:

Sabemos positivamente que por una goleta americana mandó al Señor Stephen Salisbury Jr. de Worcester varias cajas de *curiosidades* que recogió en Oaxaca entre las ruinas de Metla [*sic*] y otras, cuando acompañó al Señor Cornelio Porte Blip en Julio y Agosto del año pasado en su visita a este Estado; y de las que recogió entre las ruinas de Yucatán, al acompañar a Mr. Charnay y que esto le ha valido ser nombrado miembro de la Sociedad de Anticuarios de Worcester y agente del Instituto americano a petición de Mr. Salisbiery [*sic*] Jr. Sabemos también, que para evitar el efecto de la ley del 16 de Noviembre de 1827, puso su sello oficial de Cónsul de los Estados Unidos, sobre cajas de antigüedades que durante año y medio ha mandado al mismo Señor Salisbury, para que no se revisase el contenido de dichas cajas en las aduanas.⁵¹

⁵⁰ Fernández a secretario de Gobernación. México, 27 de diciembre de 1884. SRE, *AHGE*, leg. 15-1-63. Sobre el Museo véase FLORESCANO, “La creación del Museo Nacional de Antropología”.

⁵¹ *Diario del Hogar* (28 jun. 1882). Las cursivas están en el original.

La denuncia llegó a oídos del gobierno federal y la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública alertó al gobierno de Yucatán, el cual declaró desconocer que “el ciudadano americano Sr. Aymé, esté comisionado en este Estado para remitir al Museo de Peabody, de la Universidad de Cambridge, objetos de antigüedades mexicanas”, pero aseguró “que en el caso de que así sea no se permitirá la extracción de ellas como está prevenido por diferentes disposiciones del Gobierno de la Unión”.⁵² Dos años después, en abril de 1884, Aymé procedió a cumplir las instrucciones recibidas y a embarcar lo que estaba autorizado. Pero los inspectores de la aduana de Progreso, probablemente ya sobre aviso respecto a los usos del cónsul, decidieron revisar las “cajas o barriles de tierra [...] que resultaron contener antigüedades mexicanas [...]”. El material fue confiscado y remitido a las bodegas de la Aduana Marítima de Progreso y la Secretaría de Hacienda lo puso a disposición de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, la cual a su vez ordenó que los objetos se depositaran en el Museo Nacional.⁵³ Pero el

⁵² Nota sin firma, “Sección 24”. México, 8 de julio de 1882; R. Arzamendi a Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Mérida, 24 de julio de 1882. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 147, exp. 4.

⁵³ Secretario de Hacienda a Secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 10 de junio de 1884. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 147, exp. 4. El instrumento legal invocado, el único medio de defensa de las antigüedades mexicanas entre 1821 y 1896, era un modesto Arancel Aduanal de 1827, en cuyo art. II, cap. IV, inciso 41, se leía: “Se prohíbe bajo la pena de comiso la exportación de [...] monumentos y antigüedades mexicanas [...]”. Varios autores citan el arancel como una “ley”, aparentemente sin haberlo leído. Pasztory se refiere a él como “[...] the first nationalistic law to prohibit the removal of antiquities [...]”. PASZTORY, *Thinking with things*, p. 214. El texto del

envío de Aymé involucraba otros intereses, además de los de Salisbury, Agassiz y los “estudiantes científicos” estadounidenses. En noviembre de ese mismo año la propietaria de una Casa de Comercio establecida en Mérida, Clemencia Ortega de Toledo, declaró haber sido la intermediaria del embarque, que iba destinado a su corresponsal en Nueva York, Guade & Huntington, quien ahora le estaba cobrando las cajas que no llegaban, con el consiguiente perjuicio a su negocio y reputación. Doña Clemencia, asegurando que lo asegurado –que seguía en Progreso– no tenía cualquier valor, pedía entonces que se “mande practicar un reconocimiento pericial de los referidos objetos y ordenar que se me entreguen aquellos que a juicio de ellos no sean los determinados por el [...] Arancel vigente que prohíbe la exportación de antigüedades mexicanas”.⁵⁴

No olvidemos –y hay que reiterarlo una y otra vez– que se estaba aún bajo el impacto mediático y político del *affair* Charnay, y todo cuidado era poco en lo que se refería a la súbita (aunque fugaz) sensibilidad del gobierno mexicano respecto a las antigüedades nacionales. En esas condiciones,

arancel puede ser consultado en http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1827_118/Arancel_para_las_aduanas_mar_timas_y_de_la_frontera_de_la_Rep_blica_mexicana.shtml.

⁵⁴ Clementina O. de Toledo a secretario de Justicia. Mérida, 5 de noviembre de 1884. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 147, exp. 4. El propio administrador de la Aduana de Progreso, Pedro Argüelles pidió que las cajas fueran revisadas por el director del Museo Yucateco, Juan Peón Contreras, y que se le devolvieran a la quejosa lo que no estuviera dentro de las especificaciones del arancel, algo que, aparentemente, no sucedió. Argüelles a J. Baranda. Progreso, 6 de noviembre de 1884. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 147, exp. 4.

la exposición del cónsul Aymé como un vulgar contrabandista de piezas arqueológicas, por muy débilmente fundada que pudiera estar la acusación, con certeza llamó la atención del grupo de Boston, su patrocinador, sobre la necesidad de obrar con más cautela y discreción.⁵⁵ En ese mismo periodo de 1884-1885, cuando Aymé cayó en desgracia, terminó también, coincidentemente, el financiamiento que Salisbury, el presidente de la AAS, había concedido desde años atrás a otro participante “externo” y ocasional de la aventura –además de complicado y belicoso, Augustus Le Plongeon, quien había renunciado a la AAS desde 1882, por sentirse hecho a un lado por, entre otros, Aymé.⁵⁶ Esa doble ruptura de relaciones parece haber marcado un momento particular en la historia de las exploraciones bostonianas en Yucatán, un paso importante en la construcción de la empresa arqueológica “mayista”. A partir de 1885 los canales de comunicación y los esquemas de trabajo estructurados entre el grupo de Boston y el frente exploratorio en Yucatán serán más orgánicos y menos improvisados: el reclutamiento de quien estaba disponible en las selvas “mayas” será dejado a un lado para dar paso a una planificación más racional. En efecto, a partir de 1885, los *Bostonians* fueron

⁵⁵ En una carta de 1894, el senador Hoar señalaría que Aymé había sido un explorador competente, pero “indiscreto” y además proclive al conflicto con sus colegas, todo lo cual era altamente inconveniente para las funciones que tenía que desempeñar. Hoar a Endicott. Worcester, 9 de octubre de 1894, en National Archives and Records Administration/ General Records of the Department of State, 1763-2000/ Applications and Recommendations for Appointment to the Consular and Diplomatic Services/Edward H. Thompson, en adelante NARA, GRDS, ARC, Edward H. Thompson.

⁵⁶ DESMOND, “Augustus Le Plongeon”, p. 85.

abandonando paulatinamente sus patrocinios de alguna manera “foráneos” y centraron sus esfuerzos en un personaje mucho más próximo que Aymé o Le Plongeon, nativo de la misma ciudad donde tenía su sede la AAS, y miembro de la Sociedad de Anticuarios desde inicios de la década de 1880, Edward H. Thompson; un personaje sin ninguna calificación para las tareas que se le encomendaban, fuera de una indiscutible pasión por la aventura. En ese sentido, a 10 años de haber empezado sus actividades en la región, los *Bostonians* habían decidido abrir mano de la relativa calidad y entrenamiento de sus antiguos colaboradores, rodeados siempre de un halo de fidelidad incierta, por la seguridad de un agente que les debía todo, y que confiaban que supliría su ignorancia sobre las culturas de la península de Yucatán con su entusiasmo y su fervorosa devoción hacia sus patronos.

Por esos años, y seguramente como resultado de la tormentosa aventura de Charnay, junto con los desagradables antecedentes del Chac Mool de Le Plongeon y el escándalo de Aymé, todos materia de comidillas en la prensa de oposición y en el Congreso, el gobierno de Porfirio Díaz comenzó a montar una estructura de vigilancia y control de lo que estaba sucediendo en las descontroladas áreas arqueológicas del país, y en particular en el “Área Maya”. En octubre de 1885 se creó el cargo federal de Inspector y Conservador de Monumentos Arqueológicos, que recayó en Leopoldo Batres, quien había hecho estudios de arqueología y antropología en París en los inicios de la década de 1870. Batres de inmediato se dio a la tarea de nombrar delegados de su oficina en los estados que tenían los principales depósitos arqueológicos, una tarea sobre todo cosmética por la falta

de recursos para cumplir adecuadamente las gigantescas labores que significaba la vigilancia y el control de los sitios. De cualquier manera, se fundó la estructura, se le dieron las atribuciones debidas, y se procedió al nombramiento de “consejeros y vigilantes”, siendo que el puesto de Yucatán recayó en Juan Peón Contreras, miembro de una de las familias más prominentes del Estado, director del Museo Yucateco desde mediados de la década de 1870, y quien se había cubierto de gloria con el “rescate” del Chac Mool de manos de Le Plongeon.⁵⁷

EL PRIMER CONSULADO DE THOMPSON

La operación que llevó al nombramiento de Thompson como cónsul de Estados Unidos en Mérida, en sustitución de Louis J. Aymé, fue toda ella urdida y ejecutada por los operadores políticos del grupo de Boston, encabezados por el poderoso senador George F. Hoar. El consulado era evidentemente un punto estratégico fundamental para los proyectos bostonianos, y lo había sido desde su apertura, en torno de 1873, cuando se había convertido básicamente en una especie de cobertura oficial para excavaciones no au-

⁵⁷ *La Revista de Mérida* (27 sep. 1885). Peón Contreras tenía lepra. Martí lo llamó “un hombre enfermo que parece caballero empobrecido de las Edades Medias [...]”. Martí, “Antigüedades Mexicanas”. *La América* (Nueva York), citado en BERMÚDEZ, “Chac Mool”. La relación de los “consejeros y vigilantes” nombrados está en “Informe que rinde el Inspector y Conservador de los monumentos arqueológicos de la República, de los trabajos llevados a cabo del 9 de octubre de 1885 al 30 de abril del presente año [1887]”, en *Memoria del Secretario de Justicia e Instrucción Pública*, 1888 [?], pp. 377-379.

torizadas por el gobierno mexicano.⁵⁸ Sólo la impertinencia de Aymé y sus malos manejos con sus colegas exploradores en la Península (que varias veces fueron retribuidos) habían puesto en entredicho la funcionalidad arqueológica de la oficina consular. La versión “autorizada” de la llegada de Thompson al puesto de cónsul, constante de su biografía y de los autores que la usan como fuente, dice que Salisbury, a la época vicepresidente de la AAS, atraído por un artículo que Thompson había publicado sobre el mito de la Atlántida y su relación con los “mayas”, le propuso en algún momento de 1885 que se trasladara a Yucatán como cónsul para retomar los trabajos anteriormente realizados por Le Plongeon y Aymé.⁵⁹ Es una versión simplificada que

⁵⁸ Sobre la tradición de cónsules-arqueólogos y las facilidades otorgadas por el cargo, véase el inciso “Los diplomáticos”, del capítulo 7, “Arqueólogos aficionados y viajeros” en RIVIALE, *Viajeros franceses*, pp. 268-272. Raina registra las actividades arqueológicas del propio ministro residente del imperio alemán en Lima y del cónsul en Arequipa, como indicador, además, de la importancia atribuida por el gobierno de la nación recién unificada a la arqueología. Véase RAINA, “Intellectual Imperialism”, p. 56. Véase también HINSLEY, “In Search of the New World”, p. 109. En México, además de Aymé y Thompson, había el antecedente de Charles Russell, cónsul de Estados Unidos en Isla del Carmen, Campeche, quien en 1842 envió al “Instituto Nacional para la promoción de la ciencia” [*sic*], fragmentos de la Cruz de Palenque. RAU, “El Tablero del Palenque”, p. 135. Y, desde luego, Stephens, cónsul de Estados Unidos ante el escurridizo gobierno de la Confederación Centroamericana. De cierta manera, esos nombramientos eran una especie de “beca” gubernamental, cuando no existían aún esos mecanismos para financiar investigaciones científicas, pues proporcionaban recursos monetarios para que los “cónsules” pudieran sobrevivir y dedicarse a explorar ruinas arqueológicas, o a otras menos nobles tareas.

⁵⁹ THOMPSON, *People of the Serpent*, p. 18. La invitación habría tenido lugar durante una cena en casa de Salisbury a la que también asistieron

esconde un hecho capital: la intensa y silenciosa campaña llevada a cabo por los *Bostonians* y su *lobby* en Washington para conseguir que el Departamento de Estado concediera el nombramiento de Thompson, campaña durante la cual la importancia crucial de lo que después vendría a ser el “Área Maya” para los anticuarios del “Área Boston” y para la naciente arqueología estadounidense quedó absolutamente en evidencia.⁶⁰ De hecho, lo que interesa a este estudio no es tanto la forma como Thompson accedió al cargo, sino el papel que el “Área Maya”, en particular, y el avance de la ciencia arqueológica en general, tuvieron en el juego de influencias para lograr su nombramiento.

El consulado de Mérida, como se dijo, ocupaba un lugar muy marginal para los intereses comerciales estadouniden-

Hoar y Edward Evertt Hale. En ella, el anfitrión habría declarado que “At the request of Senator Hoar [...] the President of the United States had agreed to appoint me an American consul to Mexico, my post being the states of Yucatan and Campeche [...]”. La fecha de 1885 parece un lapsus de la memoria de Thompson, pues en febrero de ese año ya estaba ocupando el consulado en Mérida.

⁶⁰ Brunhouse se refiere a la reunión en casa de Salisbury, sin indicar sus fuentes, y pone la gestión del Hoar en condicional: “If Thompson agreed, Senator Hoar would see to it that the president of the United States would appoint Thompson consul [...]”, lo que, además de situar el cónclave en 1884 –¿a raíz de la renuncia de Aymé?–, abre espacio para la campaña silenciada. BRUNHOUSE, *In Search of the Maya*, pp. 69-70. Hay otras informaciones sobre el nombramiento de Thompson, éstas sí contradictorias. Documentos del Departamento de Estado indican que el entonces cónsul estadounidense en Mérida, cuyo nombre no se revela (¿Aymé?), se habría interesado en las habilidades exploratorias de Thompson y lo habría contratado para que realizara excavaciones en las ruinas de la región. Es probable que se trate de un error burocrático. Véase *Despatches from US consuls in Merida*. MP/7157/M257, Roll 4, 1º de octubre de 1897 [sic]-6 de agosto de 1906.

ses –si bien la ciudad era sede de varias firmas de esa nacionalidad involucradas en la construcción de ferrocarriles y carreteras y, sobre todo, en la comercialización del henequén, siendo que dos de estas últimas llevaban el nombre “Peabody” en su razón social y tenían su sede en Boston. La modestia de los ingresos que ofrecía y la insalubridad de la región lo hacían un lugar poco apetecible para quien buscara desenvolver una carrera lucrativa en el servicio consular de Estados Unidos. Es decir, era un desperdicio destacar allí a un diplomático de carrera. Esa característica fue una de las bases de la estrategia de los *Bostonians* para atacar el puesto. Como argumenté arriba, no hay pruebas fehacientes de que el nombramiento de Aymé haya resultado de la intervención del grupo de Boston, sino que aquél más bien parece haber sido reclutado cuando ya estaba ocupando el cargo. El caso de Thompson sería la primera –y única– vez en que los *Bostonians* empeñarían su prestigio e influencia para obtener, desde el inicio, el control del consulado y garantizar, con ello, mayor libertad de acción para su nuevo enviado a Yucatán. La entrada del Peabody Museum en la aventura yucateca también marcaba un hito para esa institución, que por la primera vez invertía en la búsqueda de objetos arqueológicos americanos, un notable viraje de su temprana práctica, orientada a la adquisición de colecciones de antigüedades europeas. Es más, la “descubierta” de Yucatán y de lo que sería en unos lustros el “Área Maya” significó la gran oportunidad de consolidación de una entidad que no había encontrado hasta esos años de finales de la década de 1880, líneas científicas de investigación suficientemente valiosas como para legitimar su existencia y darle el prestigio necesario para competir por fondos y

reconocimiento dentro del competitivo y académicamente enrarecido ambiente de Harvard. Bowditch, el principal benefactor del museo, percibió con claridad la importancia del “Área Maya” para la solidificación del Peabody durante su rápida visita a la región en 1888, para acompañar la primera expedición patrocinada por esa institución, y pasó a obrar en consecuencia.⁶¹

El argumento central de la campaña bostoniana para obtener el control directo del consulado de Mérida a mediados de la década de 1880 proponía que la reducida importancia de la oficina en términos comerciales la hacía un puesto ideal para atribuirle actividades de otra naturaleza que se beneficiaran de la cobertura consular. Es decir, el valor mercantil del consulado era insignificante comparado con lo que representaba como instrumento de dominio de una área que podría convertirse en el cordón umbilical de la joven arqueología estadounidense.⁶² Así, a mediados de 1884, el

⁶¹ Sobre el cambio de dirección en los objetivos del Museo, de lo europeo a lo americano, y las dificultades encontradas durante sus primeras décadas de existencia, véase HINSLEY, “From Sell-Heaps”. Sobre Bowditch en Yucatán, COGGINS, “Dredging the Cenote”, p. 10. La intercesión del senador Hoar para lograr el nombramiento del hombre de Worcester para el consulado de Mérida no era la primera participación del instituyente congresista en aventuras arqueológicas en favor de sus amigos y colegas bostonianos. Algunos años antes, Hoar había tratado sin éxito de movilizar al Capitolio para que presionara al gobierno mexicano de manera que éste permitiera que Le Plongeon pudiera, además de obtener la propiedad del Chac Mool, sacarlo de México para exhibirlo en la Exposición de Filadelfia de 1876. DESMOND, *A Dream of Maya*, pp. 50-51; *El Monitor Republicano* (21 mayo 1878), en LOMBARDO, *El pasado prehispánico*, vol. 1, p. 60.

⁶² Sin embargo, por lo menos un autor afirma que la obtención del puesto les daba tanto a Aymé como a Thompson “financial support” que les permitía dedicarse a sus actividades exploratorias, insinuando

senador Hoar, como presidente de la AAS (1884-1887), envió una carta al secretario de Estado en la que le informaba que “some of our scholars here interested in antiquarian research desire to suggest the name of Mr. Edward H. Thompson” para el puesto de cónsul en Mérida, argumentando sus cualidades, no como un individuo habilitado para el manejo de trámites burocráticos y mercantiles, sino por sus capacidades “for the prosecution of archaeological research”.⁶³ En toda la correspondencia enviada por los *Bostonians* y sus aliados al Departamento de Estado durante los meses en que se desarrolló la campaña (de julio de 1884 a enero de 1885), la importancia del nombramiento de Thompson estuvo siempre sustentada por la idea del progreso de la arqueología anticuaria de la nación. Al lado de ese argumento, una y otra vez se insistió en la necesidad de que el hombre de la AAS estuviera cubierto por un diploma gubernamental que le facilitara las labores que tendría a su cargo y le protegiera ante las autoridades mexicanas. Es evidente que los problemas causados por Le Plongeon y Charnay (sin hablar de la “indiscreción” de Aymé) habían convencido a los *Bostonians* de la necesidad de emplear el mayor tacto posible en sus acciones. Thompson fue nombrado cónsul en Mérida en febrero de 1885, cuando el cargo llevaba ya varios meses vacante por la renuncia de su antecesor.⁶⁴

así que la pugna de Salisbury *et al.* por el consulado también era una manera de ahorrarse mayores dispendios con salarios. DESMOND, “Augustus Le Plongeon”, p. 82.

⁶³ Hoar to Frederick T. Frelinghuysen. Worcester, Mss., 31 de julio de 1884, en NARA, GRDS, ARC, Edward H. Thompson.

⁶⁴ Desmond, biógrafo de Le Plongeon, afirma que posiblemente la renuncia de Aymé se haya decidido cuando llegó a su conocimiento que

Una vez asegurado el puesto de Mérida en la figura de Thompson,⁶⁵ las actividades arqueológicas en la zona, que hasta ese momento habían sido empresas más o menos individuales, debidas a iniciativas particulares variopintas de interesados de diversas nacionalidades, comenzaron a ser encuadradas en el marco de instituciones que iban a crecer al mismo ritmo en que crecían las exploraciones y los descubrimientos de sitios de interés arqueológico. Las intervenciones de investigadores individuales no desaparecieron, pero se vieron paulatinamente superpuestas por el ingreso de “equipos” organizados por instituciones estadounidenses, como el Peabody Museum, el cual empezó a publicar en 1888 monografías sobre la región y los dispersos restos de una “civilización” desconocida, gracias a un donativo de Charles P. Bowditch. Thompson, por su parte, desde finales

la esposa de Le Plongeon, Alice Dixon, estaba por publicar un artículo en *The Scientific American* sobre los murales del templo de los Jaguares en Chichén Itzá. En una de las más claras (y eficientes) maniobras de las guerras arqueológicas, el texto consignaba informaciones que le habían sido dadas al matrimonio Le Plongeon por soldados de su escolta, según las cuales “the American Consul in Merida, Louis Aymé, had defaced the murals, attempting to clean them by ‘scratching’ the dirt off with a machete.” DESMOND, “Augustus Le Plongeon”, p. 85. La renuncia se habría producido en junio de 1884, esto es, dos meses después de la detención de los embarques de Aymé a Nueva York en la Aduana de Progreso –un incidente, por cierto, no mencionado por el biógrafo, y que parece más contundente como base para ese acto que la escaramuza editorial, ya que las intrigas y acusaciones mutuas entre los exploradores presentes en la región eran cosa de todos los días.

⁶⁵ La noticia del nombramiento está en Stephen Salisbury a Frederick T. Frelinghuysen, Worcester, 2 de noviembre de 1884, en NARA, GRDS, ARC, Edward H. Thompson; la solicitud del exequátur y el trámite de su concesión, en SRE, *AHGE*, leg. 42-8-32.

de 1886 había dado inicio a la publicación de breves notas sobre Yucatán en el periódico de la AAS.⁶⁶

El Peabody Museum envió su primera expedición a Yucatán en noviembre de 1888, la cual estuvo dirigida a realizar una exploración piloto de un único sitio, Labná.⁶⁷ La iniciativa se habría debido al entusiasmo de Bowditch, quien había visitado la región unos meses antes, y que, además, impresionado por la disponibilidad y atributos aventureros de Thompson, le había propuesto que extendiera su contrato con la AAS para incluir también al museo de Harvard.⁶⁸ A partir de ese momento, el cónsul Thompson asumió la dirección de las exploraciones, que se realizaron en diciembre de 1888 y en el otoño de 1890. Esta última expedición despertó muchas suspicacias en la capital de Yucatán y al mismo tiempo favorables recomendaciones de la embajada de México en Washington para

⁶⁶ Edward H. Thompson, U. S. A. consul at Yucatan, "Archaeological Research in Yucatan", en *Proceedings of the American Antiquarian Society*, vol. 4 pt. 3 (oct. 1886) 8 p.; "Explorations at Labna", en *Proceeding*, vol. 4, pt. 4 (abr. 1887), 7 p.; "Portal at Labna", en *Proceeding*, vol. 5, pt. 1 (oct. 1887), 4 p.

⁶⁷ La expedición, formalmente registrada como siendo del Peabody Museum, fue casi en su totalidad financiada por Bowditch, quien probablemente levantó fondos de coleccionistas particulares. La documentación se encuentra en PMA, PMDR, FWP, X-File 91-8A y 91-8B. No era la primera incursión del Peabody en México: 10 años antes, en 1877, el presidente del Peabody, Robert C. Winthrop, había solicitado al Departamento de Estado que pidiera a la embajada de México en Washington autorización y cartas de introducción para un grupo de científicos que se dirigían a México. José Fco. de Cuéllar a Ministro de Relaciones Exteriores. Washington, 27 de noviembre de 1877. SRE, AHGE, *Archivo de la Embajada de México en los Estados Unidos de América*, leg. 79, exp. 3.

⁶⁸ COGGINS, "Dredging the Cenote", p. 10; GRAHAM, *Alfred Maudslay*, pp. 25-26.

que las autoridades locales le ofrecieran todos los apoyos necesarios, una instrucción que fue transmitida a los jefes políticos de los distritos del estado. En ella llegó Marshall H. Saville, por entonces investigador del *American Museum of Natural History* de Nueva York, y el cónsul Thompson inició entonces en la práctica sus relaciones con el Peabody Museum y sus formidables patrocinadores. Aparentemente Saville tenía la tarea de orientar a Thompson en las excavaciones, y tal vez prepararlo para futuras misiones, dado que, en esos primeros años, la incompetencia arqueológica del enviado de los *Bostonians* había quedado patente en sus malos informes y reportes, muchos de ellos inéditos o publicados décadas después de haber sido producidos por el escaso interés que representaban.⁶⁹ En esos dos periodos (1888-1889 y 1890) Thompson y los enviados del Peabody exploraron los cenotes de Labná. La elección de este sitio, supuestamente a instancias del propio Thompson, se debía a que ofrecía condiciones de trabajo que no se encontraban en otros lugares.⁷⁰ Al parecer, esa expedición fue la primera

⁶⁹ Inclusive Brunhouse, un autor con claras simpatías hacia Thompson, dice: “Symbolic forms, statues, and the open jaws grasping a human head expressed more than pure artistry, he was convinced, but beyond that he could say nothing [...] // In reporting sites he found in the area around Labná, he was no more than an explorer bringing those places to public attention; he lacked the resources to make a thorough investigation or to engage in extensive excavation.” BRUNHOUSE, *In Search of the Maya*, pp. 172-173, 182.

⁷⁰ Ya por entonces, decía Thompson, “the walls of Chichén and Uxmal are simply covered with tourists names, poems of more or less *demerit* and the like. [...] Uxmal is practically in the same condition. The floors are paved with fragments of beer bottles and sardine cans”. Thompson to Bowditch. Mérida, 10.04.1889. PMA, PMDR, FWP, X-File 91-88, folder 2.

patrocinada por el Peabody que extrajo materiales arqueológicos de Yucatán. Saville salió rumbo a Boston a fines de febrero de 1891, escoltado por Thompson hasta Progreso, y acompañado de un cargamento de piezas, o, como se decía en el lenguaje técnico de la época, “especímenes”.⁷¹

Así, desde los primeros meses de 1891, mientras el Peabody conseguía firmar un ventajoso contrato de 10 años con el gobierno de Honduras para explorar Copán, con un equipo que tenía a Saville como su “Scientific Officer” (y que sería encabezado por Maudslay en 1894),⁷² Thompson comenzó a realizar envíos de materiales arqueológicos a Boston (“worked stone and portions of a stucco figure”), destinados al museo, y por lo menos desde agosto, a F. W. Putnam –otro de los impulsores, junto con Bowditch, del proyecto Copán– quien ya había conseguido el cargo de director del Departamento de Arqueología y Etnología de la World Columbian Commission, preparatoria de la Exposición que se celebraría en Chicago en 1893.⁷³ Las remesas no eran tareas fáciles de realizar, dada su naturaleza

⁷¹ Thompson a Putnam. Mérida, 22.02.1891. PMA, PMDR, FWP, Box 4, folder 1.

⁷² GRAHAM, *Alfred Maudslay*, p. 103. Se trata de la expedición comandada por John Owens, el primer arqueólogo graduado en Harvard, quien murió de fiebre en 1894, dos años después de iniciar su labor. HINSLEY, “From Shell-Heaps”, p. 71. Maudslay fue contratado por el Peabody Museum para continuar con los trabajos. ADAMSON, *The Ruins of Time*, p. 206; WEEKS, *The Carnegie Maya*, p. 9. Owens fue sustituido por George Byron Gordon, que después sería el primer director del museo de la Universidad de Pensilvania. DANIEL, “Robert James”, p. 26.

⁷³ Thompson a Putnam. Mérida, febrero 22 y agosto 19 de 1891. PMA, PMDR, FWP, Box 4, folder 1. Para el nombramiento de Putnam en la WCE, véase BROWMAN, *The Peabody*, pp. 513-514.

clandestina. El cónsul almacenaba en Mérida (las tenía “sequestered”, en sus propias palabras) durante meses las piezas extraídas a la espera de “transportes seguros” y “personas de confianza” con quien mandarlas ya fuera a Boston o a Chicago, precauciones que al parecer le habían faltado a su antecesor.⁷⁴ Sin embargo, a diferencia del secretismo que rodeaba los tratos con el Peabody Museum, el envío de las piezas para la exposición de Chicago no se podía realizar de manera clandestina, pues había negociaciones oficiales en curso para el efecto y cualquier imprudencia podría dañar las tersas relaciones existentes en esos momentos entre Estados Unidos y México. Por esa razón, Thompson se vio obligado a solicitar permisos formales del gobierno mexicano para poder retirar algunas piezas del país, con el inconveniente de que la autorización, de ser otorgada, seguramente vendría acompañada de lineamientos restrictivos a la exportación de “tesoros arqueológicos” y condiciones para esa ocasión excepcional, lo que bien podría convertirse en base para sentar precedentes y promulgar legislación protectora, como de hecho aconteció. En efecto, el director del Museo Nacional, Francisco del Paso y Troncoso, no puso ninguna objeción al ser consultado sobre el pedido de Thompson (encaminado por el ministro de Estados Unidos

⁷⁴ Además del escandaloso caso de Aymé, en un libro publicado en inglés en 1887, Charnay había advertido que la extracción y exportación de piezas arqueológicas tenían que ser realizadas en silencio, sin relaciones con el gobierno mexicano. CHARNAY, *Ancient Cities*, p. 178. Es evidente que la obra fue leída con atención, si no por Thompson en Yucatán, sí por sus patronos en Boston, pues *The North American Review* (vol. 145, n. 371, oct., 1887, pp. 458-459) la reseñó con entusiasmo, y, de acuerdo con un autor, fue igualmente bien recibida por la AAS. EVANS, *Romancing*, p. 125.

en México a Mariscal) para que se le autorizara sacar “moldes como los que desea el Profesor Putnam”, pero sugirió dos condiciones:

Primero: que el Sr. Thompson garantice que al sacar sus moldes no sufrirán el menor deterioro nuestras reliquias [...]. Segundo: que el Sr. Thompson, en virtud de la gracia que se le otorga, contraiga el compromiso de ceder a la Nación, un vaciado de cada uno de los moldes que saque, requisitos que, en mi concepto, deben establecerse como regla general para la preservación, a fin de evitar las desventajas que dejo señaladas // en el informe que mandé el 15 de este mes a esa Superioridad con referencia a nuestros monumentos del Palenque.⁷⁵

En ese contexto, Thompson le advirtió a Putnam que no se sorprendiera si, de repente, le llegaban muchas cajas con “especímenes”. Era necesario retirar lo más posible antes de que los reglamentos federales cohibieran la salida de objetos extraídos de las ruinas de la Península, pues se habían firmado convenios entre ambos países para permitir, bajo ciertas normas, la colaboración mexicana en la Exposición, incluyendo el envío de materiales arqueológicos. Y durante la vigencia de esos contratos –que se extendía hasta después de finalizada la muestra–, decía Thompson, había que extremar las precauciones.⁷⁶ Hacia finales de 1891

⁷⁵ Mariscal a Secretario de Justicia. México, 17 de julio de 1891. Francisco del Paso y Troncoso a Ministro de Justicia e Instrucción Pública. México, 17 de agosto de 1891. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 147, exp. 48.

⁷⁶ Thompson a Putnam. Mérida, 19 de agosto de 1891. PMA, PMDR, FWP, Box 4, folder 1. Profirio Díaz autorizó la fabricación de los moldes y su salida del país, pero bajo las condiciones sugeridas por

Putnam había encontrado en Thompson la persona idónea para su gran proyecto de “abrir” el “misterioso mundo de los mayas” al gran público estadounidense, uno de los principales objetivos del Departamento de Arqueología y Etnología de la Columbian Commission que él presidía.

Por esos meses, el cónsul recibió instrucciones del Departamento de Estado para que se incorporara al equipo de Putnam, que estaba montando la Sección M (Antropología) de la exposición que celebraría los 400 años del descubrimiento de América. Desde octubre de 1892 hasta marzo de 1893 Thompson estuvo bajo la tutoría y dirección de Putnam, socio de la AAS y curador en jefe del PBM, esto es, cabeza de sus dos principales empleadores.⁷⁷ Más tarde, el cónsul se referiría a la exposición como “the archaeological event of the century”, en una clara muestra de la competencia que la comunidad anticuario-arqueológica de la costa oeste de Estados Unidos emprendía en escala mundial; y posiblemente también para situar, una vez más, la “civilización maya” en favorable comparación con la egipcia, que unos años atrás había sido galardonada con la instalación de una de las llamadas “Agujas de Cleopatra” en pleno Central Park por iniciativa del Metropolitan Museum of Art (este acontecimiento, que culminaba el traslado cinematográfico de la pieza egipcia, había sido aclamado en la todavía provinciana Nueva York como “The Greatest Achievement of the Nineteenth Century”).⁷⁸ El propio Thompson abonaría “pruebas” del

del Paso y Troncoso. [Ill.] a Relaciones. México, 9 de agosto de 1891. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 147, exp. 48.

⁷⁷ Department of State. Consular Bureau. Nota. Octubre de 1893. NARA, GRDS, ARC, Edward H. Thompson.

⁷⁸ D'ALTON, “The New York Obelisk”. Debo esta referencia a Evans

éxito de su colaboración con Putnam al citar en uno de sus trabajos un hipotético informe del Massachusetts Board of Regents de la Exposición de Chicago, en el cual se leía:

Everyone who visited the Exposition will recall the weird effect produced on the imagination by these old monuments of an unknown past standing in stately grandeur amidst all the magnificence and beauty that landscape art and architecture of today could devise.⁷⁹

El éxito no había sido sólo de la Exposición, ni de Putnam, sino, lo que era más importante para el camino de consolidación académica de la arqueología estadounidense, del Departamento que Putnam dirigía.⁸⁰ Mayores triunfos

(si bien no encontré la cita textual reproducida), quien acertadamente sitúa el hecho en el contexto de la fiebre masónica de la época —y de las fantasías de Le Plongeon sobre el origen maya de esa sociedad. EVANS, *Romancing*, p. 148. Sin embargo, lado a lado con la importante exposición de copias de edificios mayas y con las expresiones de auto-congraciamiento de Thompson, la Exposición de Chicago parece haber tenido su mayor éxito, en términos arqueológicos, no tanto en la cuestión “maya” sino en la creación de un fuerte interés público e institucional por las antigüedades del sudoeste de Estados Unidos. Véase SNEAD, “Science”, p. 258.

⁷⁹ Citado en THOMPSON, *Children of the Cave*, pp. 41-42, reproducido en HINSLEY, “In Search of the New World”, p. 110. Sin embargo, hay que señalar que (siguiendo el sentido de la nota anterior) las obras generales sobre la exposición de Chicago poco o nada mencionan de la muestra “maya”, lo que ciertamente reduce a sus debidas proporciones el lugar de lo que era sólo una parte del trabajo más amplio de Putnam (y de su principal asistente, Franz Boas), y un pequeño fragmento en el contexto de la enorme Exposición. Véase, por ejemplo MCVICKER, “Buying a Curator”; RYDELL, *All the World's Fair y World Fairs*.

⁸⁰ Thompson a Putnam. Mérida, 7 de abril de 1894. PMA, PMDR, FWP, Box 4, folder 2.

parece haber recabado la disciplina antropológica en general, que encontró en Chicago su mayor y mejor escaparate público.

EL DEBUT DEL “ÁREA MAYA”:

LOS *BOSTONIANS* Y LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

El punto fundamental de inflexión de la aventura bostoniense en Yucatán –aunque con resultados contradictorios, como veremos más adelante– fue la feria de Chicago de 1893, la magnífica World’s Columbian Exposition, destinada a celebrar el IV Centenario del “descubrimiento” de América. Era la muestra de que Estados Unidos alcanzaba la mayoría de edad como potencia industrial y en ella tuvo lugar la primera explosión de la arqueología anticuaria “maya-nacional”, que colocó al grupo de Boston, temporalmente aliado al naciente núcleo de Chicago, como el pionero indiscutible en la materia. Allá se expusieron objetos cuyo “primitivismo” servía también para realzar la modernidad del país y de su cultura, bien como la superioridad de su *way of life* sobre los otros, fueran éstos europeos, o fueran los detentores formales de los territorios arqueológicos científicamente conquistados, los “latinos” del sur.⁸¹ En la Exposición se mostraron réplicas en yeso y de tamaño natural de piezas y monumentos obtenidos en algunos sitios arqueológicos de la península de Yucatán, en especial de Labná. Ahora bien, ¿qué hacían esas reproducciones

⁸¹ RYDELL, *All the World’s Fair*, pp. 40, 63-65, para una discusión de las perspectivas raciales y evolucionistas de la WCE y en especial del Midway Plaisence, donde se exhibían pueblos evolutivamente “inferiores” a los “blancos”.

de fachadas mayas en pleno Chicago, a la orilla del lago Michigan? Pues, nada: asistían, en calidad de testigos y de objetos centrales del evento, como representaciones contemporáneas copiadas de representaciones antiguas, al nacimiento público de un espacio recién construido –e inmediatamente reproducido por la gran prensa–, poblado por “los misteriosos mayas”, producto de una incautación cultural en beneficio del complejo fundaciones-academia de la costa este de Estados Unidos.⁸²

Así, para mejor dar a entender de qué se trataba, los “mayas” serían convertidos en “los griegos del Nuevo Mundo”,⁸³ y Yucatán en el “Egipto americano”. Una denominación, por cierto, que había aparecido inicialmente en boca de Justo Sierra y después en Francisco del Paso y

⁸² Evans insinúa que en realidad la iniciativa de Putnam de exponer los grandes moldes de monumentos mayas era una especie de ilustración de las utópicas ideas de Stephens y de Le Plongeon de “llevar” sitios arqueológicos enteros a Nueva York. EVANS, *Romancing*, p. 148. Por otro lado, no fueron solamente los *Bostonians* quienes “presentaron” a los mayas en Chicago: el Ministerio de Instrucción Pública francés no se quedó atrás y envió igualmente las reproducciones realizadas anteriormente por Charnay. BANCROFT, *The Book*, p. 636; en la p. 634 hay una descripción sumaria de lo enviado por el gobierno de México (“lanzas aztecas”, “hachas de guerra”, “escudos”, “ídolos”, etc.). Por su parte, el pabellón británico exhibía las placas de Guatemala, Honduras, Chiapas y Yucatán sacadas por Maudslay. FANE, “Reproducing the Pre-Columbian Past”, p. 60. Pero ninguno igualó la monumentalidad del espacio de Putnam.

⁸³ Morley los llama así, en una época posterior, pero lo hace en términos de ilustración para una audiencia popular. WEEKS, *The Carnegie Maya*, p. 27. Sin embargo, algunos de sus antecesores, como Charnay, Le Plongeon y otros, especularon constantemente sobre esas relaciones, en las que los “mayas” eran con frecuencia puestos a competir con los toltecas para decidir quiénes eran más “griegos”.

Troncoso, este último para “defender” las antigüedades mexicanas en la exposición Columbina de Madrid de 1892, pero con una ligera e importante variante: tanto Sierra como del Paso y Troncoso se habían referido a la región maya como el “Egipto mexicano”, pero un par de viajeros-aventureros, Channing Arnold y Frederick J. T. Frost, decidieron darle una denominación más amplia, menos “nacional”, en un libro publicado en 1909, con gran aceptación del público. Y así, el “Egipto mexicano” se transformó en el “Egipto americano”, una especie de versión arqueológica consecuente con los principios de Monroe (y su reedición con el Corolario Roosevelt), doctrina que se aplicaría de manera más literal mediante el control bostoniano sobre el “Área Maya” en los años siguientes.⁸⁴ Es evidente que la comparación de Yucatán con Egipto estaba fundamentada en la similitud relativa de los monumentos de ambas regiones y en los niveles culturales que subyacían a los grupos humanos que los habían construido y empleado. Pero pienso que hay otra lectura posible, no tan evidente, aunque tal vez demasiado personal: a menos de 15 años del fin de la intervención francesa, México (del cual Yucatán era, a pesar de todo, una provincia), como Egipto, había sido objeto de una invasión de los ejércitos imperiales galos, y,

⁸⁴ Arnold y Frost divulgaban extravagantes ideas que situaban el origen de la civilización “maya” en inmigrantes budistas de Java e Indo-China y dispensaban la más aceptada teoría de los antecedentes toltecas como un “grueso error”. ARNOLD y FROST, *The American Egypt*. La mención del “Egipto mexicano” de Sierra está reproducido en DÍAZ Y DE OVANDO, *Memoria de un debate*, p. 81. *The New York Times* trazó diversas similitudes entre Yucatán y Egipto en una extenso artículo publicado en 1896, que llevaba por título “Mysteries of Yucatan”, *New York Times* (1º mar. 1896).

como Egipto, había sido objeto de una “comisión científica” conformada y enviada para estudiar varios aspectos de su pasado y de su presente. El “Egipto mexicano” lo era por las pirámides, sin duda, pero también por las aventuras colonialistas de ambos Napoleones y sus pretenciosos proyectos académicos.⁸⁵ Y no eran sólo los medios y los exploradores extranjeros ni los políticos mexicanos quienes recurrían a tales similitudes para “elevator” la posición internacional del “Área Maya”. Un periódico de San Cristóbal de Las Casas, refiriéndose a las exploraciones de Maudslay en Palenque en 1890, había calificado a esas ruinas como la “Babilonia americana”, y le había dado a los gobernantes de Palenque el título de “faraones”.⁸⁶

⁸⁵ En las fuentes francesas de la época esa relación es cristalina. Refiriéndose al fin de la expedición y a sus resultados científicos, los organizadores de la Exposición de París de 1867 hicieron la siguiente declaración impresa en uno de sus boletines: “Supposez pourtant qu’il y ait dans la Commission mexicaine des hommes de même trempe que les savants illustres qui composaient la Commission égyptienne qu’en saurons-nous?” Citado en Gerber, F. C. Nicaise et F. Robichon, *Un aventurier du Second Empire. Léon Méhédin. 1828-1905*. Bibliothèque municipale de Rouen, 1992, p. 61, y reproducido en RIVIALE, “La Science en Marche”, p. 331. Méhédin había participado tanto de la aventura egipcia del primer Napoleón como de la mexicana de su nieto.

⁸⁶ *El Ferrocarril* (18 mar. 1891) (¿), recorte inserto en Batres a secretario de Justicia e Instrucción Pública. México, 18 de marzo de 1891. AGN, *Secretaría de Justicia e Instrucción Pública*, c. 165, exp. 76. Los lectores de Stephens saben que el ex cónsul estadounidense ante la elusiva Confederación Centroamericana comparó favorablemente Palenque con Constantinopla, emparentó Uxmal con Tebas y Copán con Atenas. Véase EVANS, *Romancing*, p. 63. También es conocido que, en 1880, Le Plongeon, en su delirante búsqueda de relaciones entre los “mayas” y los griegos, afirmaba en la prensa que la civilización que había ocupado la península de Yucatán y América Central era igual o “superior a las de Asiria, Caldea o Egipto”.

Por contraste a la iniciativa de los *Bostonians* en su incursión en la WCE de Chicago, y en una extraña renuncia a lo propio, el gobierno federal mexicano y la clase intelectual del país parecen haber hecho caso omiso –o casi– de las antigüedades prehispánicas como objetos merecedores de exhibición y aplauso. Al contrario de los *Bostonians*, el gobierno de Porfirio Díaz, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre sus propuestas de modernidad exterior, orientó a los gobiernos estatales y municipales a concentrarse en el envío de materias y productos alimenticios, sobre todo aquellos de origen tropical y subtropical que luchaban por conquistar espacios en los mercados consumidores estadounidenses: café, cacao, tabaco, y además “pieles, lanas, miel, ceras, carey, plumas de ave, seda, granas” y otros productos “exóticos”.⁸⁷ Hubo también la extraña y frustrada iniciativa de “dar a conocer el estado actual de Civilización de la clase

Al respecto, y en descarga de Le Plongeon y compañía, hay que recordar que esos primeros exploradores –a diferencia de los arqueólogos del siglo xx– no tenían puntos de referencia ni antecedentes para entender lo que estaban viendo, por eso buscaban conexiones conocidas, o recurrían a leyendas y saberes locales que muchas veces podían ser conectados con el exterior. ADAMSON, *The Ruins of Time*, p. 107.

⁸⁷ Secretario General de Gobierno a [?]-Oaxaca de Juárez, 15 de marzo de 1893. AGN, *Fomento, Exposiciones Extranjeras*, c. 81, exp. 11, ff. 55-58v.; Norberto Domínguez a coronel Daniel Fraconis, gobernador. Mérida, 6 de octubre de 1892. AGEY, *Poder Ejecutivo, Gobernación*, 1892. Tampoco hubo en otras localidades mexicanas disposición a participar en la Exposición. El caso del Estado de Puebla es ejemplar: las convocatorias para hacer parte del certamen fueron recibidas con “demasiada frialdad” y nuevas circulares del gobierno local no consiguieron “despertar el entusiasmo ni el deseo de competencia”. Secretario de Gobierno a Ministro de Fomento. Zaragoza, 8 de abril de 1893. AGN, *Fomento, Exposiciones Extranjeras*, c. 81, exp. 11, ff. 55-58v.

indígena” mediante el envío de familias indígenas a Chicago, “con todos sus útiles de trabajo y moviliario [sic].”⁸⁸ Y a diferencia de la Exposición Universal de París de 1889, donde había patrocinado la construcción de un edificio “neoazteca”, el gobierno mexicano se declaró sin condiciones de construir un pabellón propio en Chicago, contentándose con exponer sus productos en los Edificios Generales de la Exposición.⁸⁹

Así, mientras el gobierno de Porfirio Díaz se deleitaba con la ilusión de la riqueza colonial de México, y el gobierno del Estado de Yucatán se contentaba con el envío de productos de las riquísimas flora y fauna locales, además de algunas fotografías de las “ruinas de Yucatán”,⁹⁰ los *Bostonians*

⁸⁸ Es posible que la idea de la “exhibición” de familias indígenas mexicanas haya estado de alguna manera relacionada con el proyecto de Franz Boas de exponer, por la primera vez en Estados Unidos, “life groups”, que sustituirían a los modelos de cera usados desde décadas atrás en los museos europeos. Véase JACKNIS, “Franz Boas and Exhibits”, p. 81. Otra fuente de inspiración para la construcción de “aldeas” etnográficas fue la “Ciudad Colonial” de la Exposición de París de 1889, con sus centenas de “villas” asiáticas y africanas, que tanto habían impresionado a los delegados del Smithsonian. RYDELL, *All the World's Fair*, p. 56.

⁸⁹ Sobre la presencia de México en París véase TENORIO TRILLO, *Artifugios de la nación*. Hay una detallada descripción del pabellón mexicano en Antonio Peñafiel, “Comisión para formar un proyecto de edificio para la Exposición Internacional de París”, *El Monitor Republicano* (9 jun. 1888), reproducido en LOMBARDO, *El pasado prehispánico*, vol. 1, pp. 148-153.

⁹⁰ Daniel [Ill.] a Secretario de Estado y del Despacho de Fomento. Mérida, 16 de noviembre de 1893. AGN, *Fomento, Exposiciones Extranjeras*, c. 81, exp. 11. El gobierno del Estado de Yucatán envió 70 cajas con productos locales, tan sólo 4 de las cuales contenían fotografías de ruinas prehispánicas, en un total de 26 impresiones. Algunos otros

hacían de la exhibición de réplicas arqueológicas “mayas” su tarjeta más fuerte de visita y uno de los puntos centrales y más vistosos de la Exposición de Chicago. Ya en julio de 1891, *La Voz de México* decía, con un dejo inocultable de triste envidia: “Los organizadores de la Exposición de Chicago se proponen edificar en aquella ciudad reproducciones fieles de los antiguo[s] monumentos de América. / [...] figurarán en primera línea: el Templo del Sol de Chichén Itzá, Yucatán, la Casa de las Monjas de Unmal [*sic*]”⁹¹ ¿Cómo explicar ese desencuentro? ¿Era una muestra de la falta de condiciones financieras del Estado mexicano, como parece mostrarlo la renuncia a erigir un pabellón propio? ¿Reflejaba por acaso la indiferencia del gobierno porfirista hacia los vestigios arqueológicos depositados en México, indiferencia que sólo se convertirá en interés frenético al aproximarse las Fiestas del Centenario? ¿Era una confirmación del estado general de “subdesarrollo” del país y de la pobreza intelectual de su clase política? ¿Se le podía atribuir a dificultades técnicas producto del muy incipiente desarrollo tecnológico y científico de México? ¿O era, por acaso, resultado de un pacto no escrito entre los intereses científicos estadounidenses y el gobierno mexicano para dejar las exploraciones arqueológicas, por lo menos las yucatecas, en manos de Harvard y Chicago? Es posible que

estados enviaron también álbumes fotográficos de sitios arqueológicos. AGN, *Fomento, Exposiciones extranjeras*, c. 82, exp. 2: “Lista de expositores mexicano[s], premiados en la Exposición de Chicago”, 3 de marzo de 1893.

⁹¹ Citado en “Yucatán en la Exposición de Chicago”, *El Monitor Republicano* (7 jul. 1891), reproducido en LOMBARDO, *El pasado prehispánico*, vol. 1, p. 214.

haya sido un poco de todo, pero esta última hipótesis se fortalece respecto a Yucatán si recordamos que el gobierno de Porfirio Díaz enviaría diversas misiones exploradoras a sitios arqueológicos de todo el país en busca de piezas y monumentos que pudieran aumentar el acervo del Museo Nacional con vistas a la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892, pero se abstuvo de mandar cualquiera de ellas a la Península. Lo más cerca que llegaron las excursiones porfiristas fue a Palenque.⁹²

Si aislamos el caso de Yucatán, también podríamos especular que la falta de interés de enviar muestras de sus antigüedades resultaba de un cierto resentimiento “nacionalista” del gobierno federal hacia el separatismo yucateco, que había proyectado durante el siglo XIX, en diversas ocasiones, sus simpatías por Estados Unidos, por encima a veces de las que sentía por México.⁹³ Y Washington no

⁹² RAMÍREZ LOSADA, “La Exposición Histórico-Americana”, p. 281. A diferencia de Chicago, el gobierno mexicano envió una nutrida muestra de objetos originales prehispánicos a Madrid, pero de Yucatán sólo mandó fotografías de los principales monumentos de Chichén Itzá, Uxmal, Kabah, Labná y Sabacché. El catálogo de la sección mexicana puede ser consultado en <http://www.archive.org/details/catbalogosecc01mexirich>, para el volumen I, y <http://www.archive.org/details/catbalogosecc02mexirich>, para el II.

⁹³ Ese sentimiento podía ser traducido al lenguaje científico. En el documento referente al pabellón mexicano en París se dice: “No hemos querido traspasar los límites de la arqueología mexicana; podrían haberse tomado de la rica y más abundante de Uxmal y Palenque mejores materiales; pero si bien hoy Yucatán y Chiapas están en el Mapa de México, no lo estuvo antes su originaria civilización, que se extendía desde Tabasco, Chiapas y Yucatán hasta los confines de la América Central, y tal vez sin haber tenido contacto con las razas de origen azteca”. Peñafiel, “Comisión para formar un proyecto...”, en LOMBARDO, *El pasado prehispánico*, vol. I, p. 151. Cursiva mía.

ayudaba a mejorar ese clima: en los meses preparatorios de la Exposición de Chicago (que coincidía con la de Madrid), el Departamento de Estado envió algunas misiones a visitar países latinoamericanos para estimular a sus gobiernos a participar en la Exposición. En diciembre de 1890, el *Washington Post* anunció que la Secretaría de Guerra del gobierno de Estados Unidos había “nombrado algunos oficiales del ejército para visitar las repúblicas americanas”, y que un teniente Scriver había sido escogido “para ir con ese objeto a Guatemala y Yucatán”, noticia que desde luego despertó la alarma tanto en la legación mexicana en Washington como en Relaciones Exteriores. La extraña misión fue finalmente cancelada, pero no antes de una serie de exigencias de explicaciones por parte de la cancillería mexicana.⁹⁴ Por último, también es posible especular, a la luz del esfuerzo hecho por el gobierno de México para hacer representar dignamente al país en la Exposición de París, que la respuesta de Porfirio Díaz al acontecimiento de Chicago pudiera haber escondido cierto menosprecio, disfrazado de colapso expositivo, hacia una fiesta anglosajona que quería celebrar con una “exposición mundial” en la ciudad por antonomasia del dinero

⁹⁴ Romero visitó a quien había ordenado la misión de Scriver, William E. Curtis, jefe de la Oficina de las Repúblicas Americanas en el Departamento de Estado, para pedir explicaciones, y éste le dijo “que Scriver iba principalmente a Guatemala, pero que en Yucatán tenía que desempeñar una Comisión de un profesor de la Universidad de Harvard”. Unos días después, la misión de Scriver ya incluía también otro sensible punto de la geografía nacional, Tehuantepec. Romero a Relaciones Exteriores. Washington, 22 de diciembre de 1890; Romero a Relaciones Exteriores. Washington, 25 de diciembre de 1890; Romero a Relaciones Exteriores. Washington, 29 de diciembre de 1890. SRE, *AHGE, Informes Políticos Chicago 2*, leg. 44-6-13.

nuevo y del espectáculo frívolo una de las mayores y más serias efemérides de la cultura y de la historia hispánicas.⁹⁵ Esa hipótesis fue aludida de manera indirecta por el *Chicago Tribune*, que llamó a la sección mexicana

[...] in one sense mortifying and in other sense of intense and tragic interest. It is mortifying because it is inferior to the Mexican exhibit at Paris and Madrid, the reason given being that so many of the invaluable historical treasures of Mexico were lost in those cities that the government refused to send anything to Chicago but reproductions.⁹⁶

Pero, sin considerar ninguno de los elementos anteriores, los rumores y los intereses arqueológicos se acumulaban en vísperas de la WCE. En el contexto de los preparativos, el presidente de la Universidad de Pensilvania, una de las pioneras en la incorporación de Departamentos de Antropología (había fundado el suyo en 1886, efímeramente, el mismo año que Harvard, pero en 1891 tenía ya un museo y un Departamento de Arqueología y Paleontología),⁹⁷ se dirigió a Porfirio Díaz el 26 de junio de 1892 para confiarle que había

⁹⁵ Sobre la pugna entre los encopetados y aristocráticos *Bostonians* y los *nouveaux riches* de Chicago en torno a la Exposición, véase RYDELL, *All the World's Fair*.

⁹⁶ *Chicago Tribune* (2 jul. 1893), citado en FANE, "Reproducing the Pre-Columbian Past", p. 160.

⁹⁷ Además, desde 1886 la universidad había nombrado al primer profesor de "American Archaeology and Linguistics" de la Unión Americana, cargo con el que fue honrado Daniel G. Brinton. MARK, *Four Anthropologists*, pp. 10, 31. Las fechas de la fundación del museo varían pues Danien data su inauguración en 1887. De cualquier manera, las expediciones del Peabody Museum a Copán parecen haber sido decisivas para que la Universidad de Pensilvania se aproximara al gobierno

llegado a su conocimiento que “en la Exposición Universal Colombiana de Chicago que tendrá lugar en 1893, el Gobierno de México se propone exhibir una gran colección arqueológica”. Así siendo, como presidente de una universidad que se decía empeñada en la formación de museos arqueológicos, esperaba “que una parte considerable de la colección que su Gobierno exhiba en Chicago sea generosamente cedida a la misma Universidad”. La respuesta del gobierno de Díaz fue lacónica: había que esperar al término de la Exposición para entonces considerar el pedido de la Universidad, pero había, igualmente, que evitar asumir cualquier compromiso. No se encontraba en la respuesta, sin embargo, ningún indicio de que la cautela se debiera a consideraciones en torno del patrimonio nacional (llámese, con la época, “tesoros”, “intereses” o “soberanía”) que esa colección podría representar, sino al hecho de que “todavía no se sabe en lo que consistirá la exhibición arqueológica de México”.⁹⁸ Como vimos, la tal exhibición arqueológica, patrocinada por el gobierno federal, no se realizó y los únicos resultados de la participación mexicana pueden ser apreciados en la lista de “expositores mexicanos premiados” en Chicago ya citada.⁹⁹ Habría que contrastar esta modestísima contribución con la abundante exhibición de réplicas y piezas mayas originales en el *Anthropological Building* de la WCE, organizada por Putnam y asociados, a la que el programa de la Exposición

mexicano para tratar de obtener piezas para sus colecciones. DANIEL, “Robert James”, pp. 25-26.

⁹⁸ Mariscal a Secretario de Fomento. México, 22 de julio de 1892. AGN, *Fomento, Exposiciones Extranjeras*, c. 81, exp. 3, ff. 24-26.

⁹⁹ *Supra*, nota 90. AGN, *Fomento, Exposiciones Extranjeras*, c. 82, exp. 2; c. 83, exp. 9.

llamaba “a more complete collection of Central American archaeology than even before available for the study of these old ruins and their unknown builders.”¹⁰⁰

Aparte de las causas más recónditas, el gobierno de México tuvo evidentes dificultades para comparecer a la Exposición, y lo hizo casi a regañadientes, aparentemente en descalabro financiero por la “extraordinaria” participación que el país había tenido en la Exposición de París.¹⁰¹ Problemas de liquidez y logística, además de falta de coordinación entre las diversas instancias de gobierno (que no habían sido obstáculos para las muestras de París y Madrid), semejan haber sido las responsables concretas por la débil presencia mexicana y, en particular, por la casi nula exhibición de piezas arqueológicas —lo que ya de por sí respondía, negativamente, a la solicitud de la Universidad de Pensilvania.¹⁰² Tal parece que lo más importante de la

¹⁰⁰ White, Trumbull, *World's Columbian Exposition: A Complete History*, Filadelfia, P. W. Ziegler and Co., 1893, pp. 429-430, citado en EVANS, *Romancing*, p. 156.

¹⁰¹ Acuerdo al margen de P. Ornelas a Secretario de Relaciones Exteriores. San Antonio, Texas, 10 de diciembre de 1890. La nota, probablemente del propio Mariscal, ponía en duda inclusive la posibilidad de participar en la Exposición debido a las condiciones financieras del tesoro nacional. SRE, *AHGE, Informes Políticos Chicago*, leg. 44-6-13. 1ª Parte. Véase también la referencia a los gastos extraordinarios realizados para la Exposición de París en Fernández Leal a Secretario de Relaciones. México, 11 de febrero de 1892. SRE, *AHGE, Informes Políticos Chicago 2*, leg. 44-6-13. 2ª Parte. La Exposición de Madrid de 1892 no aparece como justificativa del descalabro.

¹⁰² Por ejemplo, la Junta del Estado de Yucatán nombrada para organizar la presencia del Estado en Chicago se declaró sin recursos. N. Domínguez a gobernador del Estado. Mérida, 18 de octubre de 1892. AGEY, *Poder Ejecutivo*, Sección 277, *Gobernación/Año 1892*.

comparecencia mexicana fue la Banda del 8° Regimiento de Caballería, al punto de que para asegurar su participación se cambió el día especial dedicado a México, del 15 de septiembre originalmente programado, al 4 de octubre, primero para que no impidiera la participación del prestigiado y pintoresco conjunto en las fiestas por la independencia en la ciudad de México, y segundo para dar tiempo a que se negociara con los ferrocarriles estadounidenses rebajas en los pasajes de los músicos. Su éxito fue tal que la dirección de la Exposición pidió que permaneciera 15 días más de lo que inicialmente se había combinado.¹⁰³

DE LA RESACA DE CHICAGO AL SUEÑO DE STEPHENS:
LA PÉRDIDA DEL CONSULADO Y LA COMPRA
DE CHICHÉN ITZÁ

Decíamos arriba que la Exposición de Chicago había sido un punto de inflexión en la aventura de los *Bostonians*, y lo fue, en varios sentidos y niveles, no todos positivos. Por un lado, el enorme acontecimiento dejó a la naciente comunidad arqueológico-antropológica estadounidense irremediablemente dividida entre el eje Boston-Nueva York, comandado por Putnam y su lugarteniente Boas, con su base en el Peabody Museum y en el American Museum of Natural History, y el eje Chicago-Washington, dominado durante los años de ruptura por William H. Holmes y apoyado en la criatura resultante de la Exposición, el Field Columbian

¹⁰³ "Apuntes para la Memoria". AGN, *Fomento, Exposiciones Extranjeras*, c. 83, exp. 10. Curiosamente, de los 5 jueces mexicanos que integraron el jurado internacional, ninguno fue adscrito a la sección de arqueología.

Museum [FCM] de Chicago y el Smithsonian Institute de Washington; un eje mucho más robusto que el de Boston.¹⁰⁴ La WCE fue de hecho un punto de inflexión: significó probablemente el momento de mayor exposición pública de los logros de los *Bostonians*, pero fue también la caja de pandora de ambiciones, rivalidades y animadversiones. Las más notables fueron las que tuvieron como protagonistas centrales a Putnam y sus expectativas de convertirse en Trustee del nuevo museo y figura principal de la ciencia antropológica de Chicago. Putnam no fue considerado para el cargo y a su salida tampoco consiguió dejar a Boas como curador a cargo de la sección de Antropología del FCM. En lugar de la mancuerna Putnam-Boas llegaron dos desafectos, Frederick Starr y William H. Holmes. Putnam dejó Chicago y regresó a Cambridge en los primeros meses de 1894. Uno de sus varios asistentes en los trabajos de la WCE, el cónsul Edward H. Thompson, no esperó al inicio de la Exposición, que se inauguró en mayo de 1893, sino que terminó de montar sus productos y volvió a su puesto en Mérida en marzo de ese año, por lo que se perdió, entre otras cosas, los conflictos de su patrocinador con el grupo del FCM.

Pero las cosas se habían puesto difíciles para el grupo de Boston: Thompson fue recibido en Mérida con la noticia de que sería dimitido de su cargo. El sustituto era un protegido político de un senador por Arkansas, a quien el presidente Cleveland debía favores. La amenaza fue interpretada de dos maneras –ni excluyentes ni contradic-

¹⁰⁴ Para una detallada narrativa de las relaciones y conflictos entre esos grupos, véase McVICKER, “Buying a Curator” y MARK, *Four Anthropologists*.

torias— por miembros del grupo de Boston. La primera, favorecida por quienes hacían parte del gobierno, ponía el acento en los compromisos políticos de Cleveland y en el “spoils system” que reinaba en el Departamento de Estado.¹⁰⁵ La segunda versión, más académica, atribuía la intención presidencial a intrigas derivadas de “envidias arqueológicas” producidas por los éxitos del cónsul y sus vínculos con los *Bostonians*, que le habían creado enemigos dentro de la “fraternidad”.¹⁰⁶ Era una referencia directa a la guerra que se estaba trabando en Yucatán en torno de la apropiación de sus sitios prehispánicos entre exploradores de varias nacionalidades, enfrascados al mismo tiempo en una verdadera feria de las vanidades y en una sorda disputa por un lucrativo negocio. No sólo estaban en campo los exploradores ya mencionados, alemanes, franceses, ingleses y estadounidenses, como que arqueólogos y exploradores germanos infestaban las selvas de Belice, Guatemala y Honduras.¹⁰⁷ En ese saturado ambiente, la decisión de separar a Thompson de su cargo consular desató una intensa campaña del grupo promotor de la aventura yucateca, más intensa que la que había logrado su nombramiento ocho años atrás. Se enviaron decenas de cartas al Departamento de Estado que muestran la formación de un bloque que borraba di-

¹⁰⁵ Prácticas de distribución clientelista de cargos y puestos a patrocinadores importantes de la candidatura presidencial.

¹⁰⁶ Salisbury a Hoar. Worcester, 20 de marzo de 1893. NARA, GRDS, ARC, Edward H. Thompson.

¹⁰⁷ Al punto de que un autor asegura que “[...] field archaeology of the Maya area during the last two decades of the nineteenth century was dominated by the valuable work of Alfred P. Maudslay and the photographs of Teobert Maler”. Esto es, un británico y un alemán. WEEKS, *The Carnegie Maya*, p. 5.

ferencias anteriores y juntaba ahora a Boston, Cambridge, Washington y Chicago. Tanto Salisbury como Charles W. Eliot, presidente de Harvard University, le escribieron directamente al presidente Cleveland, como también lo hizo Edward Atkinson, un prominente político liberal y abolicionista, director de la *Boston Insurance Company*, uno de los fundadores del *National Democratic Party*, ideado por Cleveland, y de la Liga Anti-imperialista (de la cual también hacía parte Hoar).¹⁰⁸ Allison V. Armour, magnate de la industria de alimentos, cuya familia era propietaria de la mayor empresa de empacamiento y distribución de carne enlatada del mundo, la *Armour and Company*, presidente del Chicago Club, famoso por su flotilla de yates de lujo y por sus aficiones botánicas, amigo de los reyes de Italia y del kaiser Guillermo, mandó una carta al Secretario de Estado en la que afirmaba que el nombramiento de Thompson se había debido exclusivamente a “razones científicas”, y que a lo largo de la primera administración de Cleveland “he remained undisturbed”. La indicación de otra persona

¹⁰⁸ Atkinson aprovechó el caso Thompson y las reclamaciones de los *Bostonians* para criticar ante Cleveland la política de designaciones consulares que había sido implantada por Josiah Quincy durante su gestión como secretario adjunto del Departamento de Estado, basada en el “spoils system”. La presión de los *Bostonians* en torno al consulado de Mérida se convertía así en un pronunciamiento de política exterior, para que el Departamento de Estado retomara los caminos del Civil Service Reform Act (1883), que proponía llenar esos cargos en función de méritos y no de recomendaciones basadas en servicios prestados a las campañas electorales (si bien habría que ver qué méritos consulares tenía Thompson). Sobre el Act véase HOOGENBOOM, *Outlawing the Spoils*.

para el consulado de Mérida perturbaba todo un esquema montado desde mediados de la década anterior:

The reason that [...] those interested in his work are desirous that he should remain consul is because of the prestige his official position gives him, which, together with the admiration and respect which every native, from the Governor to the humblest indian, has for him, renders it possible for him to accomplish more than he might as a private citizen.¹⁰⁹

En todas las misivas, entre las que se encontraba inclusive una del propio fundador y presidente de la Universidad de Chicago, William R. Harper, que advertía que mantener a Thompson significaría “that a large and influential constituency will be greatly pleased”,¹¹⁰ se destacaba la importancia crucial de su permanencia en el cargo de cónsul en Mérida para el avance de la ciencia arqueológica estadounidense y se subrayaban abiertamente las ventajas que significaba para el grupo de Boston y sus recientes aliados de Chicago contar con un agente en Yucatán con protección oficial, lo que le permitiría llevar a cabo acciones prohibidas –como decía Armour– a un ciudadano común. El sentido general de las cartas podría resumirse en una de las frases constantes de ellas: “he is of great service to the Archaeological interests of this country”.¹¹¹ Esta vez no hubo

¹⁰⁹ Armour afirmaba que Thompson era el “most respected foreigner in that community”. Armour a Gresham. Chicago, s/d.; Armour a Gresham. Chicago, 12 de diciembre de 1893. NARA, GRDS, ARC, 1901-1924, Edward H. Thompson.

¹¹⁰ Harper a Gresham, Secretary of State. s/l, s/f. NARA, GRDS, ARC, Edward H. Thompson.

¹¹¹ Frier(?) a Gresham. Chicago, 10 de noviembre de 1893. NARA,

ninguna manifestación de Putnam, ocupado en sus propios problemas y en sus negociaciones con el American Museum de Nueva York, y, tal vez, un poco resentido por la proximidad de Thompson con el FCM y con Chicago en general, contra la cual le advertiría claramente en mayo de 1894:

In Chicago all would be drive and rush and largely sensational effects. That is what they are now after, and it is natural in a place which has started out with great hopes and plenty of money and a feeling that money will do anything. [...].¹¹²

Pero la batalla se perdió y con ella los *Bostonians* perdieron el espacio privilegiado del que habían disfrutado desde mediados de la década de 1870. El 10 de enero de 1894 un tal Marcelino [?] Davis, un completo extraño, asumió el cargo de cónsul en Mérida. Era posiblemente una muestra más del ocaso del poder de las viejas élites de Nueva Inglaterra, confundidas y con su tejido en trance de desintegración en una época, la llamada “gilded age”, en la cual los balances políticos tradicionales se veían completamente alterados.¹¹³ Pero también es probable, en una perspectiva micro, que la retirada del apoyo oficial a la empresa yucateca por parte del gobierno de Estados Unidos, o al menos de algunas de sus instancias, haya sido al tiempo un reflejo de la relativamente baja importancia que la naciente arqueología (considerada

GRDS, ARC, Edward H. Thompson.

¹¹² Citado en McVICKER, “Buying a Curator”, p. 41.

¹¹³ Véase HINSLEY, “From Shell-Heaps”, pp. 56-57; HARRIS, “The Gilded Age Revisited”; HOOGENBOOM, *The Gilded Age* y PERSONS, *The Decline*.

retrospectivamente una afición de ricos)¹¹⁴ tenía dentro del robusto conjunto de ciencias y disciplinas aplicadas que se encontraban en esos momentos en pleno desarrollo, luchando cada una de ellas para obtener los favores del poder con base en su importancia específica para el crecimiento económico y la presencia internacional del país.¹¹⁵ Además de eso, en la prensa de Mérida se informó que el desenlace se había debido a “los azares de la política”, esto es, a la llegada del Partido Demócrata al poder con la segunda elección de Cleveland, y que el ahora excónsul, después de haber rechazado “halagadoras propuestas de varios Colegios e Institutos científicos de su patria”, se había retirado a su “poética quinta *La Arcadia*”.¹¹⁶

Sin cobertura oficial, sin el amparo de la sociedad política, los *Bostonians*, ahora ya con sus redes extendidas en varias direcciones, recurrieron entonces a la propiedad privada. En 1894, Armour y Salisbury, el sempiterno presidente de la AAS, le dieron al excónsul los recursos necesarios para dejar su finca y comprar la hacienda Chichén,¹¹⁷ en cuyos límites se encontraba el magnífico centro ceremonial de los Itzaes (incluyendo su legendario Cenote Sagrado), que ya comenzaba a consolidarse en el imaginario bostoniano, junto con Copán, como la joya de la corona arqueológica “maya” cuya exploración era preciso priorizar. Thompson comenzó a examinar el sitio, en particular la Tumba del

¹¹⁴ “[...] archaeology was seen as chiefly ‘the pursuit of adventurous young men of good family and private income’”. WEEKS, *The Carnegie Maya*, p. 17.

¹¹⁵ Véase LAGEMANN, *The Politics*, p. 5.

¹¹⁶ *La Revista de Mérida* (16 ene. 1894).

¹¹⁷ COGGINS, “Dredging the Cenote”, p. 10.

Gran Sacerdote y a enviar las piezas y ofrendas encontradas en el sepulcro al FCM de Chicago, contra las advertencias de Putnam pero como muestra de su compromiso con Armour. La propiedad de la hacienda tenía no sólo la ventaja evidente de ofrecer condiciones únicas para los trabajos de exploración y explotación del sitio, sino que, conforme a las leyes mexicanas, le otorgaba al propietario legítimo, Thompson, el derecho legal de manejar a su antojo lo que se encontraba dentro de su propiedad, esto es, todo el sitio arqueológico; algo, decía el nuevo latifundista, que sólo el gobierno federal podía impedir.¹¹⁸ Entre 1894 y 1897, los *Bostonians* y sus nuevos aliados llevaron a cabo sus exploraciones arqueológicas por medio de varias expediciones financiadas por bolsillos particulares de algunos de los integrantes del grupo más comprometidos con el proyecto de Yucatán, que usaron la hacienda Chichén como base y que estuvieron siempre acompañados en el campo por el excónsul. Es probable que el relativo distanciamiento de Putnam y su retirada de la participación directa en las exploraciones haya “liberado” a Salisbury y sus colegas de las pependencias del curador del Peabody Museum y les haya permitido estrechar relaciones con el grupo de Chicago, esto es, con el FCM y con la Universidad. Así fue posible que, además del vínculo ya mencionado por ocasión de las primeras excavaciones en Chichén Itzá, en enero de 1895 Thompson se convirtiera en el cicerone de una expedición embarcada en uno de los elegantes yates de Armour, el *Ituna*, de la cual hacían parte nadie menos que William H. Holmes, el implacable

¹¹⁸ Thompson a Putnam. Mérida, 10 de agosto de 1894, PMA, PMDR, FWP, Box 4, folder2, ff. 1, 4.

adversario de Putnam, ya convertido en el hombre fuerte de la antropología en el FCM, el profesor Allan Marquand, que había sido el fundador en 1890 y primer director del Princeton University Art Museum, bien como uno de los directores del *American Journal of Archaeology and Fine Arts*, publicado desde 1892 por la misma Universidad,¹¹⁹ y el Dr. Charles F. Millspaugh, recién nombrado curador del Departamento de Botánica del FCM. Por cierto, de la expedición salió una muy leída obra de Holmes,¹²⁰ en un pasaje de la cual, entre otras cosas, argumentaba contra la exploración del Cenote Sagrado de Chichén Itzá por considerarlo inviable e incapaz de compensar el esfuerzo requerido: “It is doubtful if promised results warrant the outlay necessary to carrying out the works in a thorough manner.”¹²¹

A MANERA DE CONCLUSIONES

Es indudable que las exploraciones y excavaciones llevadas a cabo por visitantes extranjeros durante el último cuarto del siglo XIX en las zonas arqueológicas de Yucatán —como en otras regiones del país, menos visadas—, se beneficiaron de las necesidades políticas del régimen porfirista por alcanzar y mantener niveles de legitimidad en el exterior que pudieran ser empleados como argumentos en pro de la

¹¹⁹ El informe de Marquand sobre el viaje a Yucatán se encuentra en MARQUAND, *Impressions of Yucatan [including comments on the architecture]*. Mss. Allan Marquand Papers, Subseries IC: Art, 1874-1926, Box 9, Folder 8, Princeton University Library / Manuscript Division.

¹²⁰ HOLMES, *Archaeological Studies*.

¹²¹ Citado en REED, “The Well of the Maya’s”, *New York Times* (8 abr. 1923).

estabilidad interna de México, y como instrumentos para debilitar a la oposición. La pregonada firmeza del régimen y la “pacificación” del país sirvieron así como navaja de dos filos, pues a la vez que favorecían la llegada de capitales y empresas extranjeras, amarraban las manos del Estado, comprometido, antes que nada, con el mantenimiento de una imagen de orden y tranquilidad. La prioridad que significaba mantener y estrechar las relaciones con el gobierno de Estados Unidos propició un ambiente de tolerancia hacia actos que en circunstancias de menor debilidad del Estado habrían tenido consecuencias legales de consideración. Lo mismo sucedía con los súbditos de las potencias europeas. El restablecimiento de las relaciones con Francia en 1880 y la devoción porfirista por su cultura favorecieron las exploraciones de Désiré Charnay, como la delicada situación en la frontera con la Belice británica, una frontera de guerra hasta finales de siglo, y la indefinición de los límites internacionales con Guatemala, permitieron que Maudslay trabajara en una “tierra de nadie” y pudiera extraer y enviar a Londres dinteles enteros de Yaxchilán ante las propias barbas del inspector y conservador de Monumentos, inseguro de la extensión del suelo patrio.¹²² En algunos casos los límites de la tolerancia fueron tensados por las denuncias de la prensa y de los miembros de la oposición al régimen de Díaz y se aplicaron sanciones, que en cierta manera significaban la lenta construcción, casi forzada por las circunstancias, de un aparato de protección de las anti-

¹²² Batres a Secretario de Instrucción Pública. México, s/f., 1905. Archivo Leopoldo Batres. Subdirección de Documentación. Biblioteca del Museo Nacional de Antropología, B/311.1 (73-301).

güedades mexicanas –incluyendo en ellas a las yucatecas, con un destaque derivado de la atracción que ejercían sobre los exploradores extranjeros. De hecho, se puede hacer una genealogía de los “incidentes” arqueológicos que van dando poco a poco forma al pre-concepto de “patrimonio nacional”, firmemente basado en la cultura material prehispánica y en el creciente acoso de investigadores foráneos a partir de 1880 (que coinciden, de una manera u otra, con el inicio de la consolidación del porfiriato). Una genealogía que comienza, quizás, con los problemas enfrentados por el barón de Waldeck con el gobierno de Santa Anna, que lo despojó de los materiales que había reunido durante sus exploraciones en Yucatán, con base, decía el barón, en “que la ley mexicana prohibía la salida del país de toda especie de antigüedades”; un asunto muy anterior al incidente del Chac Mool de Le Plongeon, que por su vez antecede al de Charnay (*affair* que se prolonga hasta 1899 cuando se resuelve favorablemente) y con los cónsules estadounidenses en Mérida, Louis Aymé y (bastante más tarde) Edward H. Thompson. A partir de esas situaciones, el gobierno mexicano hará esfuerzos significativos para poner a las ciencias mexicanas a la altura de sus objetos y de su historia y para institucionalizar su protección, tanto con leyes específicas en 1896 y 1897, como con la fundación de cátedras especializadas en el Museo Nacional y con el apoyo a la efímera International School of American Archaeology and Ethnology, concebida y creada por Boas y comandada, entre otros, por Manuel Gamio. La libertad con la que actuaron los *Bostonians* en las dos últimas décadas del siglo también dice mucho sobre la situación de Yucatán dentro de la federación mexicana, y produce una sensación de extrañeza

y alejamiento, de alienación, casi de extranjería, que sólo el estallido de la revolución de 1910 vendría a aminorar. Por su parte, la aventura bostoniana tuvo varios frutos. El principal de ellos, por lo menos el más tangible, fue el aumento de las colecciones de objetos arqueológicos obtenidos entre 1883 y 1894 y su valorización al convertirse en propiedad de museos, los que ganaron y mucho. Tanto el Peabody como el Field Museum de Chicago y, en menor grado, el de la Universidad de Pensilvania, comenzaron a llenar sus depósitos con piezas de la civilización “maya”, una labor que se continuaría y acentuaría –además de diversificarse– en los años que mediaban entre 1894 y el inicio de la revolución mexicana, como se verá en las siguientes partes de este trabajo. El museo de Harvard, gracias a las piezas “mayas” remitidas por los agentes contratados por él y por la ASS, consiguió vencer la debilidad que caracterizó sus primeros años, que casi lo llevó a una extinción temprana, y a partir de 1890 se convirtió en una institución modélica en el área de la arqueología y la antropología. En ese sentido, las actividades patrocinadas por los *Bostonians* y sus aliados/rivales de Chicago y Washington en Yucatán, sembraron en estas décadas la semilla de un extraordinario crecimiento de esas ciencias en Estados Unidos, y permitieron que miembros del grupo iniciático, como Putnam, Boas y algunos de sus discípulos, extendieran los resultados de esa aventura fuera del círculo original, a otros centros donde la arqueología y la antropología estadounidense tendrían un vigoroso crecimiento. El periodo que va de 1894 a 1913, que constituye la segunda parte de este trabajo, verá la multiplicación tanto de las actividades arqueológicas estadounidenses como su profesionalización en departamentos

universitarios y su expansión geográfica en el continente americano, con las consecuentes tensiones derivadas de una competencia cada vez más intensa por espacios y recursos. Y al final del periodo aparecerá un competidor formidable, que relevará a los *Bostonians*, se aprovechará de la obra negra que ellos construyeron, casi los borrará de la historia e implantará en el “Área Maya” la arqueología científica: la Carnegie Institution de Washington. Pero, antes de eso, el Peabody hará su mayor inversión en la región, y la más redituable –y por eso casi suicida: el dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- AAS American Antiquarian Society, Worcester, Mass., Estados Unidos.
- AGN Archivo General de la Nación, México, Distrito Federal.
- AGEY Archivo General del Estado de Yucatán, Yuc. México.
- NARA National Archives and Record Administration, E.U.A.
- PMA/PMDR/FWP Peabody Museum of Ethnology and Archeology Archives/Peabody Museum Director's Records/Frederic Ward Putnam.
- SRE, AHGE Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico Genaro Estrada, México.

ADAMSON, David G.

The Ruins of Time. Four and a Half Centuries of Conquest and Discovery Among the Maya, Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1975.

ARNOLD, Channing y Frederick J. TABOR FROST

The American Egypt: A Record of Travel in Yucatan, Londres, Hutchinson & Co., 1909.

BANCROFT, Huber Howe

The Book of the Fair, Chicago y San Francisco, Bancroft Co., 1894.

BERMÚDEZ, Jorge R.

“Chac Mol en Martí”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 99, núms. 1-2 (ene.-jun. 2008), pp. 12-25.

BOONE, Elizabeth Hill (ed.)

Collecting the Pre-Columbian Past: A Symposium at Dumbarton Oaks, 6th and 7th October 1990, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1993.

BROWMAN, David L.

“The Peabody Museum, Frederick W. Putnam, and the Rises of U. S. Anthropology, 1866-1903”, en *American Anthropologist*, 104:2 (jun. 2002), pp. 508-519.

BRUNHOUSE, Robert Levere

In Search of the Maya: The First Archaeologists, Albuquerque, N. M., University of New México, 1973.

CASTAÑEDA, Quetzil E.

In the Museum of Maya Culture, Minneapolis, Londres, University of Minnesota Press, 1996.

COGGINS, Clemency Chase

“Dredging the Cenote”, en COGGINS (ed.), 1992, pp. 9-31.

COGGINS, Clemency Chase (ed.)

Artifacts from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatan, Cambridge, Mass., Peabody Museum, Harvard University Press, 1992

CHARNAY, Désiré

The Ancient Cities of the New World. Being Voyages and Explorations in Mexico and Central America from 1857-1882, Nueva York, Harper, 1887.

D'ALTON, Martina

“The New York Obelisk or How Cleopatra’s Needle Came to New York and What Happened When it Got There”, en *The Metropolitan Museum Art Bulletin*, 50:4 (primavera 1993), pp. 3-72.

DANIEN, Elin C.

“Robert James Burkitt and George Byron Gordon. An End and a Beginning”, en KEHOE y EMMERICHS (ed.) 1999, pp. 25–35.

DESMOND, Lawrence

“Augustus Le Plongeon: A Fall from Archaeological Grace”, en KEHOE y EMMERICHS (ed.), 1999, pp. 81-90.

DESMOND, Lawrence y Phyllis Mauch MESSENGER

A Dream of Maya. Augustus and Alice Le Plongeon in Nineteenth-Century Yucatan, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988.

DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina

Memoria de un debate (1880). La Postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

DÍAZ-ANDREU, Margarita

A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past, Oxford, Oxford University Press, 2007.

The Editor

“Ruined Cities of Central America”, en *The North American Review*, CCLXXXV (ago. 1880), pp. 89-108.

EVANS, Tripp R.

Romancing the Maya. Mexican Antiquity in the American Imagination, 1830-1915, Austin, University of Texas Press, 2004.

EWING, M. Robert

“A History of the Archaeological Activity at Chichén Itzá, Yucatan, Mexico”, tesis de doctorado en antropología, Ohio, Kent State University, 1972.

FAGAN, Brian

Precursores de la arqueología en América, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

FANE, Diana

“Reproducing the Pre-Columbian Past. Casts and Models in Exhibitions of Ancient America”, en BOONE (ed.), 1990, pp. 141-176.

FLORESCANO, Enrique

“La creación del Museo Nacional de Antropología y sus fines científicos, educativos y políticos”, en FLORESCANO (comp.), 1993, pp. 145-163.

FLORESCANO, Enrique (comp.)

El patrimonio cultural de México, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

GIVENS, Douglas R.

“Sylvanus G. Morley and the Carnegie Institution’s Program of Mayan Research”, en REYMAN (ed.), 1992, pp. 137-144.

GRAHAM, Ian

Alfred Maudslay and the Maya. A Biography, Norman, University of Oklahoma Press, 2002.

HARRIS, Neil

“The Gilded Age Revisited: Boston and the Museum Movement”, en *American Quarterly*, 14:4 (invierno 1962), pp. 546-566.

HINSLEY, Curtis M.

“From Shell-Heaps to Stelae. Early Anthropology at the Peabody Museum”, en STOCKING Jr. (ed.), 1985, pp. 49-74.

“In Search of the New World Classical”, en BOONE (ed.), 1990, pp. 105-121.

HOLMES, William H.

Archeological Studies among the Ancient Cities of Mexico, Chicago, Field Columbian Museum, 1895-1897.

HOOGENBOOM, Ari

The Gilded Age, Englewood Cliffs, N. J., A Spectrum Book, 1961.

JACKNIS, Ira

“Franz Boas and Exhibits. On the Limitations of the Museum Method of Anthropology”, en STOCKING Jr. (ed.), 1985, pp. 75-111.

JOSEPH, Gilbert M.

Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

KEHOE, Alice B. y Mary Beth EMMERICH (ed.)

Assembling the Past: Studies in the Professionalization of Archaeology, Albuquerque, N. M., University of New Mexico, 1999.

LAGEMANN, Ellen Condliffe

The Politics of Knowledge. The Carnegie Corporation, Philanthropy, and Public Policy, Chicago, The University of Chicago Press, 1992.

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia (ed.)

El pasado prehispánico en la cultura nacional (Memoria hemerográfica, 1877-1911), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994, 2 volúmenes.

LURIE, Edward

Louis Agassiz. A Life in Science, Chicago, University of Chicago Press, 1960.

MARCHAND, Suzanne

Down From Olympus: Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1996.

“Orientalism as *Kulturpolitik*. German Archaeology and Cultural Imperialism in Asia Minor”, en STOCKING Jr. (ed.), 1996, pp. 298-336.

German Orientalism in the Age of Empire: Religion, Race, and Scholarship, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

MARK, Joan T.

Four Anthropologists: An American Science in Its Early Years, Nueva York, Science History Publication, 1980.

McVICKER, Donald

“Buying a Curator: Establishing Anthropology at Field Columbian Museum”, en KEHOE y EMMERICHS (ed.), 1999, pp. 37-52.

MENAND, Louis

The Metaphysical Club. A Story of Ideas in America, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2001.

PARKER, Franklin

George Peabody, a Biography, Nashville, Vanderbilt University Press, 1995.

PASZTORY, Esther

Thinking with Things. Toward a New Vision of Art, Austin, The University of Texas Press, 2005.

Jean-Frédéric Waldeck: Artist of Exotic Mexico, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2010.

PENNY, H. Glenn y Matti BUNZL (eds.)

Worldly Provincialism: German Anthropology in the Age of Empire, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2003.

PERSONS, Stow

The Decline of American Gentility, Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1973.

RAINA, Uta

“Intellectual Imperialism in the Andes: German Anthropologists and Archaeologists in Peru, 1870–1930”, tesis de doctorado en antropología, Pennsylvania, Temple University, 2007.

RAMÍREZ LOSADA, Dení

“La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿Ausencia? de México”, en *Revista de Indias*, LXIX:246 (2009), pp. 273-306.

RAU, Ch.

“El Tablero del Palenque en el Museo Nacional de los Estados Unidos”, en *Anales del Museo Nacional*, 1a. época II (1882), pp. 131-203.

REYMAN, Jonathan E. (ed.)

Rediscovering our Past: Essays on the History of Archaeology, Hampshire, Reino Unido, Avebury, 1992.

RIVIALE, Pascal

“La Science en Marche Au Pas Cadencé: Les Recherches Archéologiques et Anthropologiques Durant l’Intervention Française Au Mexique (1862-1867)”, en *Journal de la Société Des Americanistes*, 85 (1999), pp. 307-341.

Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914), Lima, IFEA, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.

ROSENBLOOM, Joshua L.

“The Challenges of Economic Maturity: New England, 1880-1940”, en TEMIN (ed.), 2000, pp. 153-199.

RYDELL, Robert W.

All the World's Fair. Visions of Empire at American International Expositions, 1876-1916, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1984.

World Fairs: The Century-of-Progress Expositions, Chicago, University of Chicago Press, 1993.

SALISBURY, Stephen

“Dr. Le Plongeon in Yucatán”, en *American Antiquarian Society Proceedings*, 69 (1877).

The Mayas, the Sources of Their History. Dr. Le Plongeon in Yucatan, his Accounts of Discoveries, Memphis, Tenn., General Books, 2010.

SNEAD, James E.

“Science, Commerce, and Control: Patronage and the Development of Anthropological Archaeology in the Americas”, en *American Anthropologist*, 101:2 (jun. 1999), pp. 256-271.

STEPHENS, John Lloyd

Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan, Nueva York, Harper & Brothers, 1841, 2 volúmenes.

Incidents of Travel in Yucatan, Nueva York, Harper & Brothers, 1843, 2 volúmenes.

STIEBING JR., William H.

Uncovering the Past. A History of Archaeology, Buffalo, Nueva York, Prometheus Books, 1993.

STOCKING JR., George W. (ed.)

Objects and Others. Essays on Museums and Material Culture, Madison, The University of Wisconsin Press, 1985.

Volkgeist as Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition, Madison, The University of Wisconsin Press, 1996.

STORR, Richard J.

Harper's University: The Beginnings: A History of the University of Chicago, Chicago, University of Chicago Press, 1966.

TEMIN, Peter

"The Industrialization of New England", en TEMIN (ed.), 2000, pp. 109-152.

TEMIN, Peter (ed.)

Engines of Enterprise: An Economic History of New England, Cambridge, Mass. y Londres, Harvard University Press, 2000.

TENORIO TRILLO, Mauricio

Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

THOMPSON, Edward Herbert

Children of the Cave, Boston, Mass., Marshall Jones Co., 1929.

People of the Serpent; Life and Adventure Among the Mayas, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Company, 1932.

WALDECK, Frèdèric de

Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán, 1834-1836, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.

WEEKS, John M. y Jane HILL (comps.)

The Carnegie Maya: The Carnegie Institution of Washington Research Program, 1913-1957, Boulder, Colorado, University Press of Colorado, 1992.

WILLARD, T. A.

The City of the Sacred Well: Being a Narrative of the Discoveries and Excavations of Edward Herbert Thompson in the Ancient City of Chi-Chen Itza ..., Nueva York y Londres, The Century Co., 1926.

WILLIAMS, Elizabeth A.

“Art and Artcraft at the Trocadero”, en STOCKING JR. (ed.), 1985, pp. 146-166.

